

Experiencias y trayectorias profesionales de antropólogas y antropólogos mexicanos

La inclusión de esta sección se inició en el volumen 9 del anuario ANTROPOLÓGICO, motivada por dos situaciones. La principal fue la discusión repetida en el seno del mencionado proyecto Adela de la RedMIFA, donde se evidenció qué tan poco se sabe en las escuelas de antropología sobre el “mundo del trabajo” no-académico y sobre los multifacéticos procesos de incorporación de los egresados a dicho mundo (que a veces es llamado también “mercado de trabajo”). Relacionado con este hecho está la casi inexistencia de programas sistemáticos de seguimiento de egresadas/os y de eventos con y para ellas/os que vinculen su experiencia laboral con las actividades académicas y escolares. A su vez, las publicaciones especializadas y los congresos suelen ser dominados en cuanto a participantes, temáticas y dinámica organizativa de tal manera por quienes laboran en instituciones académicas, que el sector laboral en el cual se halla la mayoría de las/os egresadas/os y sus problemáticas casi no son visibles ni para la misma comunidad antropológica nacional. Por ello, también es entendible que en encuestas entre estudiantes de los primeros años de licenciatura la mayoría suele manifestar querer ocuparse después en el sector académico como docente o investigador/a –lo que no deriva de su conocimiento del mundo académico, sino del desconocimiento del mundo laboral no-académico e incluso de antropólogos/os que lo puedan representar.

La segunda situación fue una discusión ocasionalmente surgida sobre estas temáticas en el seno del Colegio de Etnólogos y Antropólogos Sociales que tradicionalmente ha estado más orientado hacia la

antropología académica que hacia la antropología profesional extra-académica y que ha empezado a intentar iniciar medios para dar a conocer el amplio panorama de experiencias y posibilidades del trabajo antropológico en México e incluso fomentar la apertura de nuevos campos.

Probablemente habría que experimentar todavía más con los formatos para tales presentaciones, pero la poca visibilidad del mundo del trabajo antropológico en México y de sus características, problemas y perspectivas es ciertamente un tema del cual tanto el CEAS como la RedMIFA tendrán que ocuparse en el futuro cercano.



30 años laborando en el área de antropología y medio ambiente

Presentación

Soy antropólogo y he trabajado desde hace 30 años en temas relacionados con ecología, medio ambiente y manejo de recursos naturales en sociedades campesinas e indígenas. Me interesa dar a conocer la importancia que estos temas tienen para la antropología y las aportaciones que mi disciplina puede hacer, sobre todo, a los actores sociales, organizaciones de productores, comunidades rurales, campesinos e indígenas. Mi trabajo como antropólogo siempre ha estado vinculado con proyectos o programas de desarrollo. No concibo a la antropología solamente haciendo investigación básica, a la que no resto importancia; pero, sin duda, en este país y en las circunstancias actuales es más importante la antropología aplicada.

También soy antropólogo visual. Aunque la antropología me llevó a la fotografía, mi incursión en ésta trascendió a otros terrenos como el desnudo, el paisaje y la naturaleza viva. En esta área he hecho dos vídeos, cuatro audiovisuales, registro de seis proyectos de investigación y he presentado alrededor de 30 exposiciones individuales y 35 colectivas que se han exhibido en doce estados de la república, en Texas, Estados Unidos, y en tres ciudades de Brasil. He publicado cuatro libros y he logrado crear un archivo fotográfico que, junto con los libros, me permite vivir en momentos críticos de la venta de fotos para periódicos, revistas y diversas publicaciones.

Formación académica

Estudié la Licenciatura en Antropología Social en la Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa (UAMI), de 1975 a 1979. Seis años más tarde, de 1990 a 1991, estudié la Maestría en Desarrollo Rural en la Unidad Xochimilco de la UAM (UAMX). Además, soy egresado del Programa LEAD “Estudios Avanzados en Medio Ambiente y Desarrollo Sustentable” de El Colegio de México (Colmex), en el que estuve de 1995 a 1996.

Experiencia laboral

Las instituciones en las que he trabajado son las siguientes:

- Colegio de Postgraduados (Colpos) de la Universidad Autónoma de Chapingo, como investigador en el programa “Tecnología Agrícola Tradicional”, dirigido por el maestro Efraím Hernández Xolocotzi (1980-1983);
- Dirección General de Culturas Populares (DGCP), como director y fundador de la Unidad Regional en Sonora (1984-1990);
- Facultad de Ciencias (FC) de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), como investigador en el proyecto “Programa de Aprovechamiento Integral de Recursos Naturales (PAIR)”, dirigido por la maestra Julia Carabias Lillo (1990-1994);
- Departamento de Antropología de la UAMI, como profesor de tiempo completo, impartiendo materias relacionadas con ecología, identidad, manejo sustentable de recursos naturales, entre otras (1993-1994);
- Instituto Nacional de Ecología, como Director de Integración Regional, atendiendo conflictos socioambientales (1994-1996);
- Gobierno del Estado de Morelos, como Director General de Atención a Pueblos Indígenas (1997-1999);
- Secretaría de Medio Ambiente, Recursos Naturales y Pesca (Semarnap), como asesor de la Unidad Coordinadora de Estudios Económicos y Sociales (1999);
- Secretaría de Medio Ambiente y Recursos Naturales (Semarnat), como Director de Atención a Pueblos Indígenas (2000-2004);
- Comisión Nacional Forestal (Conafor), como Director Operativo del Programa de Desarrollo Forestal Comunitario (Procymaf), de 2004 a 2005;

- Comisión Nacional de Áreas Naturales Protegidas (Conanp), como Coordinador Ejecutivo del Programa de Conservación de Maíz Criollo (2009 a la fecha).

También he prestado servicios como consultor independiente para instituciones como la Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas (CDI), el Corredor Biológico Mesoamericano (CBM) del Banco Mundial (BM), la Conanp-Convenio RAMSAR, y The Nature Conservancy (TNC), en un proyecto sobre derechos de los pueblos indígenas en las áreas naturales protegidas del Noroeste.

¿Cómo ingresé al tema ambiental?

Puedo decir con orgullo que fui alumno de Ángel Palerm Vich, uno de los pilares de la antropología mexicana, quien, además, diseñó el plan de estudios de la carrera de antropología en la UAMI. Entre muchas otras cosas, Palerm se distinguió por su interés en el estudio de la base agrícola de las civilizaciones en todo el mundo y, particularmente, en la región de Mesoamérica. Debido a su interés en el tema, estableció una relación institucional con el Colpos, especialmente con el maestro Efraím Hernández Xolocotzi, que en aquel entonces era visto con recelo por sus colegas académicos de Chapingo por estar más interesado en el estudio de la lógica de producción de los agricultores tradicionales en lugar de poner atención a la revolución verde, la que se presentaba como panacea en los años setenta.

El maestro Xolo impartía los sábados en Chapingo un seminario sobre etnobotánica, al que nos inscribimos diez alumnos de la UAM (concluimos cinco). El seminario incluía salidas de campo para observar los diversos sistemas agrícolas. Una de las sorpresas fue que el método del maestro Xolo se asemejaba mucho a lo que habíamos aprendido como el método antropológico; es decir, la implementación de la observación participante, el uso de la libreta y el diario de campo, y la generación de nuestros propios datos a partir de las entrevistas a los campesinos. En aquellas prácticas de campo no podían faltar las visitas a los mercados para hacer un reconocimiento de la diversidad agrícola que se producía en la región. Los recorridos de campo incluían la colecta de plantas y su prensado, la identificación de los géneros, razas, familias y variedades, incluidos los nombres científicos y locales, de plantas, árboles, cultivos y fauna silvestre. La práctica se prolongaba después de la cena con una sesión de análisis de lo observado durante el día, entre regañones

del maestro, cabeceadas e intentos de reconocer la diferencia entre una planta de maíz y una de trigo.

Terminado el seminario, le pedí al maestro Xolo entrar como investigador al proyecto que él dirigía, titulado “Dinámica de la milpa”, en una comunidad maya de Yucatán en donde trabajaba un grupo de biólogos, agrónomos y antropólogos sociales. La experiencia me marcó para el resto de mi vida, no sólo en el terreno profesional.

Se trataba de entender la lógica de los milperos mayas bajo el sistema de roza, tumba y quema, para lo cual debíamos aprender haciendo; es decir, debíamos vivir en la comunidad y hacer todas y cada una de las labores agrícolas, para comprender su racionalidad en términos ecológicos, agronómicos, económicos y culturales. Cuatro años en una comunidad de 5000 habitantes me dejaron una huella imborrable.

Concluido el proyecto en Yucatán, cuatro de los integrantes del equipo del maestro Xolo nos fuimos a Sonora a abrir brecha instalando las oficinas regionales de la DGCP, en 1984, cuando existía una campaña racista en contra de los chilangos. Los tradicionalmente racistas sonorenses se intrigaban mucho cuando en Hermosillo nos preguntaban sobre las “costumbres” de los yaquis, seris, guarijios, pimas, mayos y pápagos.

El plan de trabajo de la Unidad Regional en Sonora se estableció a partir de un diagnóstico en el que el medio natural y las actividades productivas de cada grupo étnico marcarían las acciones a seguir en el trabajo institucional de recuperación y fortalecimiento de sus respectivas culturas.

Seis veranos en Hermosillo fueron suficientes para cerrar ese ciclo; sin embargo, he mantenido contacto constante con la entidad y, sobre todo, con los *konkaak* (seris), ya que a partir de procesos endógenos, y con la asesoría de algunos grupos de apoyo e investigadores amigos, se siguió por la línea del manejo sustentable y de la recuperación de su territorio, identidad y recursos naturales, logrando avances en estos ámbitos que ningún otro pueblo indígena del norte del país ha logrado.

Regresé a la Ciudad de México debido a la posibilidad de trabajar en un proyecto, con características muy similares a las del proyecto del maestro Xolo, en la Facultad de Ciencias de la UNAM. Se trataba del “Programa de Aprovechamiento Integral de Recursos Naturales”, que mantenía programas piloto en las cuatro grandes regiones ecológicas del país: el trópico húmedo en la zona chinanteca del norte de Oaxaca, la zona de bosques templados de Michoacán, el trópico seco en la montaña de Guerrero, y la zona de desierto y semidesierto de Durango.

Me integré al grupo que trabajaba en la Chinantla. Una gran ventaja que he tenido en casi todos los proyectos en los que he participado es que han estado conformados por grupos interdisciplinarios en los que han colaborado biólogos, botánicos, agrónomos, geógrafos, hidrólogos y edafólogos. Lo anterior me ha permitido conocer los límites de la antropología y su necesaria vinculación con las ciencias naturales, para entender y analizar en todas sus dimensiones el problema que se aborda. De igual modo, aprendí a valorar las aportaciones que la antropología puede hacer a las ciencias “duras”, algunas de las cuales han resultado más capaces, que la misma antropología, de acercarse e incorporar la perspectiva de los sujetos de estudio. Mi visión del tema se complementó al cursar la Maestría en Desarrollo Rural de la UAMX y al incorporarme al cuerpo docente del Departamento de Antropología de la UAMI.

Mi trayectoria laboral continuó en el sector gubernamental estatal y federal, en instituciones como el Instituto Nacional de Ecología, el Gobierno del Estado de Morelos, la Semarnap, la Semarnat, la Conafor, la Comisión Nacional para el Conocimiento y Uso de la Biodiversidad (Conabio) y la Conanp. En la mayoría de los casos, los temas que se tocaban se relacionaban con el reconocimiento de los derechos de los pueblos indígenas.

Entre 2007 y 2009 estuve trabajando como consultor independiente tanto para instituciones gubernamentales como para organizaciones internacionales, siempre en proyectos relacionados con el manejo sustentable, derechos indígenas, participación social, alternativas productivas sustentables e identidad y territorios indios.

Posición ante la antropología académica

Mi experiencia profesional me ha permitido conocer el vasto campo de acción de los temas mencionados líneas arriba y su relación con la antropología. Además, pude darme cuenta de la carencia de programas de estudio en las carreras de antropología en donde se discutan dichas temáticas y se enseñen técnicas para hacer aportaciones útiles y necesarias en diversos medios, desde las mismas comunidades campesinas e indígenas hasta el medio académico, tan enquistado, a veces, en sus discusiones circulares. No ha sido una opinión guardada para mis adentros. En tres ocasiones, en sendos foros universitarios, he planteado abiertamente la necesidad de modificar los planes de estudio, para formar a los estudiantes en un abordaje integral de los temas de investigación.

Creo que en estos momentos a la antropología le sucede algo parecido a lo que les pasa a los alcohólicos: la antropología no quiere ver que está anquilosada, enquistada, refundida y “protegida” en su “academia”, y, con ello, aislada de la vida real, de los problemas que hay allá afuera y que necesitan solución, no sólo un abordarlos como temas “interesantes” de investigación.

Lo grave del asunto es que muchos “académicos” llevan años sin salir de sus “dorados cubículos”, como decía Arturo Warman. Están enfrascados en discusiones en torno al tema que han trabajado y que no trascienden los muros de la universidad o de los congresos, y cuya utilidad sólo se traduce en puntos para aumentar sus salarios.

El conocimiento es valioso por sí mismo, dirán los investigadores, y tienen razón, pero sólo en parte. Los académicos y las investigaciones básicas son necesarios, pero son más imperiosos los profesionales que se vinculen con los problemas sociales, más allá de lo estrictamente académico.

¿Por qué hay que poner énfasis en la antropología aplicada? Porque urgen antropólogos con propuestas que orienten, a partir del conocimiento antropológico, las políticas públicas de diversas instituciones; porque es necesario que los problemas que competen estrictamente a la antropología sean atendidos por profesionales del área; porque urgen antropólogos que funjan como agentes de apoyo, de acompañamiento, que sirvan de vínculo, de enlace, de correa de transmisión entre las comunidades, ejidos y las organizaciones sociales e instituciones, las agencias financiadoras de proyectos y las instancias de capacitación y transferencia de tecnología. Éstas son labores que no hacen los académicos y en las que como gremio hemos estado ausentes.

Si aceptamos que la sociedad está en constante transformación, entonces la universidad no sólo puede, sino que debe sentirse obligada a incidir en ese proceso de cambio permanente poniendo el conocimiento, la sabiduría y a la “academia” al servicio de la sociedad. No basta con publicar artículos o libros, porque, en el mejor de los casos, sólo los leen los académicos del gremio.

En este sentido, la responsabilidad de las escuelas de antropología resulta obvia, ya que, casi por definición, el antropólogo trabaja con el sector más desprotegido de la población. Está bien estudiar dicho sector desde la antropología; de algún lado debe salir la información si somos congruentes con el método antropológico, y está bien hacer investigaciones, tesis y ponencias, pero en algún momento estos productos tendrían que aportar algo a los “informantes” (y no me refiero

a una copia de la tesis recién salida del horno que, dicho sea de paso, con trabajo la lee el mismo director).

¿Qué hace un antropólogo en el tema ambiental?

Llevo 30 años trabajando el tema de manejo de recursos naturales en comunidades campesinas e indígenas. He pasado por varias ONG, centros de investigación y desarrollo, organismos financieros internacionales, universidades –como investigador y docente– y oficinas gubernamentales, lo que me permite tener una amplia visión de las necesidades que existen en el campo respecto al tema ambiental y el perfil del profesional que se requiere para abordarlo. Puedo asegurar que las escuelas de antropología podrían proveer los profesionistas que se requieren urgentemente para llenar un vacío que está ocupando un sinnúmero de personas con las formaciones más variadas. Hay de todo menos antropólogos.

Pongamos el ejemplo de la Semarnat, institución que no se encarga de la ecología, sino de la relación entre la sociedad y la naturaleza. La Semarnat tiene aproximadamente 30 000 trabajadores distribuidos por todo el país, en 32 delegaciones. De ella también emanan, aunque como organismos administrativos desconcentrados, igual número de delegaciones de la Procuraduría Federal de Protección al Ambiente (Profepa) y de la Conafor. Bajo su jurisdicción se encuentran, además, 50 áreas naturales protegidas, que son administradas directamente por la Conanp. Otros organismos que forman parte de la Semarnat son el Instituto Nacional de Ecología, la Comisión Nacional del Agua (Conagua), la Conabio y el Instituto Mexicano de Tecnología del Agua (IMTA). Casi la totalidad de los ámbitos que atiende la Semarnat requieren de profesionistas en ciencias sociales, y de entre éstos los antropólogos tendrían un papel relevante, porque se trata de una institución que tiene bajo su responsabilidad la relación entre sociedad y el medio ambiente; es decir, el manejo de los recursos naturales. Ante esta necesidad institucional, resulta inexplicable que en esta dependencia federal haya solamente cinco antropólogos.

La antropología está perdiendo espacios de trabajo y la posibilidad de hacer aportaciones en el diseño de políticas públicas relacionadas con el manejo de recursos naturales. Los biólogos tomaron fácilmente ese lugar a través de los estudios de etnobotánica, siendo éste un tema obligado también para la antropología.

¿En qué podría trabajar un antropólogo dentro de la Semarnat? Entre otras, en las siguientes temáticas:

- ordenamientos ecológicos comunitarios;
- evaluaciones rurales participativas;
- estudios de impacto socioambiental;
- planes de manejo forestal;
- planeación comunitaria;
- ecoturismo;
- normatividad ambiental y derechos de los pueblos indígenas;
- derechos colectivos de propiedad intelectual;
- áreas naturales protegidas y sus programas de manejo;
- unidades de manejo ambiental;
- elaboración y gestión de proyectos ambientales;
- capacitación en temas como identidad y ecosistemas, autogestión territorial y cultural, maíz, medio ambiente y desarrollo.

Todos estos temas tienen que ver con la relación sociedad-naturaleza. Por otra parte, si los antropólogos no se quieren “desprestigiar” en una oficina gubernamental, pueden abordar estas cuestiones desde las ONG, las agencias financieras internacionales y, por supuesto, desde las organizaciones indígenas y campesinas urgidas de antropólogos útiles provistos de una buena formación académica, pero también de herramientas prácticas que sirvan para apoyar procesos comunitarios autogestivos.

Reivindicación de la antropología aplicada

Las escuelas de antropología deberían estar formando antropólogos para que trabajen en los espacios que les corresponden, porque quienes están ocupando esos lugares, por ejemplo, en la CDI, son desde contadores hasta veterinarios. No obstante, quiero dejar claro que la necesidad de llenar esos espacios no se limita al hecho de conseguir empleo para los egresados de las escuelas de antropología. Más bien, el acento debe estar puesto en la revalorización del quehacer antropológico; en la incorporación de los jóvenes antropólogos a las instituciones que trabajan con indígenas para que *incidan en el diseño de las políticas públicas*, para que orienten veterinarios, contadores e ingenieros en las formas de aborjate que, desde la antropología, se hace del tema

indígena, y con esto se evite continuar con el indigenismo, el folklorismo y el asistencialismo.

Sería interesante, como ejercicio, revisar cuántos antropólogos están trabajando en la CDI. Menciono la CDI porque tendría que ser un ámbito obligado para los antropólogos, aunque también lo podrían ser la Secretaría de Desarrollo Social (Sedesol), la Secretaría de Agricultura, Ganadería, Desarrollo Rural, Pesca y Alimentación (Sagarpa), la Secretaría de Salud (Ssa), entre otras.

En este mismo sentido, podríamos preguntarle a cualquier escuela, departameno o facultad de antropología lo siguiente: ¿existe algún proyecto vinculado con algún programa gubernamental (de Sedesol, Sagarpa, Semarnat, Ssa, etcétera), con demandas de organizaciones campesinas, con algún programa que esté desarrollando organismos no gubernamental, o con alguna agencia financiera nacional o internacional? La respuesta nos permitirá saber qué tan relacionada con las necesidades del país está cada escuela, departamento o facultad de antropología de México.

La carencia de los lazos entre estudiantes de antropología e instancias empleadoras es el resultado del enfoque academicista con el que se diseñan los planes de estudios de muchas escuelas de antropología, y de las pocas herramientas con las que cuentan los egresados. El mercado de trabajo no sólo requiere académicos, sino también, y en mayor proporción, antropólogos aplicados.

La universidad es una trinchera privilegiada desde donde se podrían promover muchas soluciones, pero tengo la sensación de que esa trinchera se está desperdiciando. No se percibe un espíritu de grupo en el interior del gremio; no se percibe el afán de formar a los antropólogos que necesita el país, porque los “académicos” ni siquiera saben en dónde urgen esos antropólogos.

No niego la utilidad de la academia, pero ojalá que las investigaciones de nuestros colegas “académicos” tuvieran, además, alguna derivación y aplicación práctica en la que se pudieran incorporar los alumnos para salir mejor armados y ocupar los lugares que como antropólogos merecen.

Ricardo María Garibay Velasco
Programa de Conservación de Maíz Criollo-Conanp-Semarnat
 <rmgaribay@yahoo.com.mx>
 <ricardo.garibay@conanp.gob.mx>
 <www.ricardomariagaribay.com>



Caminos de la vista y de la palabra: reflexiones acerca de una trayectoria tejiendo narraciones antropológicas con imágenes

En febrero de 2007, tuve el honor de montar en La Galería de la Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa (UAMI) una exposición fotográfica titulada *Serranos y vallenatos: estampas del Nororiente de Colombia (1972-1982)*.¹ Se trató de una serie de quince imágenes en color, cada una con su cédula informativa, donde se mostraron los paisajes y modos de vida de distintos grupos socioculturales de la Sierra Nevada de Santa Marta y el valle del río Cesar, que yace al suroriente de ésta. En particular, se presentó a los indígenas koguis y arhuacos que habitan en el corazón del macizo (desde los 1500 m. s. n. m. hasta los altos páramos y nevados), así como a grupos campesinos de la sierra y del valle, unos de ancestro indígena, otros más mestizados. La exposición buscó resaltar al mismo tiempo la distintividad ambiental y sociocultural de cada grupo y la existencia de lazos comunes entre ellos; por ejemplo, el hecho de vivir en una misma cuenca y cultivar formas de identidad indígena.

Conocí muy bien esta región y su gente a lo largo de esa década (1972-1982), durante la cual, además de actuar como funcionario del gobierno colombiano en asuntos agrarios y ambientales, me inicié como fotógrafo o, más precisamente, como alguien interesado en elaborar narraciones socioculturales empleando imágenes. De hecho, es en estos términos que entiendo mi labor fotográfica como antropólogo, por lo que aquí abordo los modos en los que he ido vinculando tres disciplinas que considero claves: la antropología, la fotografía y la literatura. Lo hago reconstruyendo el camino recorrido, en el que distingo tres etapas formativas: la primera se refiere a experiencias en la infancia y la adolescencia que integran una suerte de bagaje cultural; la segunda consiste en las primeras experiencias profesionales; y la tercera es la misma formalización conceptual e instrumental de este quehacer.

Mucho antes de que tuviese una cámara, o que optase por la antropología, tuve la fortuna de acercarme a ámbitos y habilidades que, ahora me doy cuenta, han resultado fundamentales. El más inconsciente

¹ Estoy muy agradecido con los colegas y estudiantes del Departamento de Antropología de la UAMI y con el personal de la institución, cuyo apoyo hizo posible la exposición, en particular con Martha Bañuelos, Federico Besserer, Margarita Zárate, Isabel Coronado, Carlos Vázquez, Scott Robinson, José Manuel Escalante, Pamela Guzmán y Laura García.

(pero a la vez más tangible) fue la diversidad de países y lugares en los que estuve antes de ser un adulto, pues viví y conocí bien partes de Colombia (donde nací), Estados Unidos y Chile, y, en menor medida, Argentina, Brasil y México. Me siguen resonando, por ejemplo, la vista de los rascacielos de Manhattan desde el transbordador acuático que va a la Isla de Staten, y de la ininterrumpida cordillera andina frente a Santiago, así como la peculiar sensación del cambio de clima de templado a cálido al descender desde Bogotá hacia el río Magdalena. Los sitios de arraigo, según veo, dejan a uno fuertes improntas en los sentidos, como el sabor de sus comidas, el estilo de hablar de su gente y, para el tema que nos ocupa, sus prácticas culturales de tipo visual y escrito.

Una de las ventajas de haber crecido en la era del *mass media* es ser parte del mundo del cine, la televisión y la fotografía, cada una de las cuales, encuentro, ha deparado cosas valiosas. Me llama mucho la atención la capacidad recreativa del cine, aquello con lo cual se nos puede convencer de la plausibilidad e inmediatez de una acción narrada –cualidad que también tiene la radio–, así como la sensación de la presencia de lo instantáneo que da la televisión cuando transmite en directo. Mientras que en la fotografía encuentro esa calidez por la cual una imagen casi puede tocarlo a uno. Además, acuso cierto interés por el castellano escrito y la construcción y deconstrucción (como decimos hoy en día) de un texto, poniendo el acento en su guion temático, tareas que aprendí muy pronto en la escuela secundaria. El cultivo (un tanto sin pensarlo) de estas inquietudes se plasma en largas listas de películas, programas televisivos, imágenes y textos escritos que, junto con influencias familiares, escolares, profesionales y de amigos, me han servido de bagaje cultural. Es un conjunto abigarrado y disímil de referentes a los que me remito continuamente en busca de anécdotas, momentos narrativos y también trozos de identidad.

Empecé a combinar la antropología y la fotografía en el nororiente de Colombia, cuando hacía mis primeros pininos en la disciplina fotográfica. Conseguí una cámara réflex manual, y tras breves experiencias con películas en blanco y negro, negativo en color y transparencia, decidí quedarme con esta última, más que nada por la capacidad de este soporte de plasmar con fidelidad lo que veía con mis ojos y, además, por su utilidad en conferencias y charlas (y porque no soportaba los olores del cuarto oscuro, cosa que me alejó aún más del blanco y negro y su magia artesanal). Actuando como fotógrafo de boda novato (cosa que también he sido) me di a la tarea de registrar casi todo lo que me interesaba: paisaje, edificaciones, formas de trabajo, vida cotidiana,

rituales y muchos detalles visuales (reflejos, contraluces, sombras). Habré tomado unas mil transparencias, de las que aún conservo la mitad, y con ellas realicé principalmente dos tipos de actividades: conferencias públicas (para escuelas, centros de desarrollo comunitario y, en ocasiones, la misma gente) y diaporamas (proyecciones con imágenes, guion y sonido).

Elaboré tres diaporamas por encargo de oficinas gubernamentales de la región: uno acerca de los indígenas kogui, para la Casa de la Cultura de Valledupar (la capital del departamento del César);² otro acerca del agua y el aseo en la ciudad, para la empresa de obras sanitarias; un tercero acerca de la importancia de escribir y leer, para una campaña de alfabetización en la región. Posteriormente, armé, también con materiales fotográficos de esa época, una conferencia acerca de la fiesta de la Virgen del Rosario (una celebración estilo moros y cristianos de Valledupar), la cual presenté en un encuentro de cultura popular y religiosa, ya siendo estudiante de maestría en la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH).

Ya en ese tiempo (gracias, en parte, a un folleto de la Kodak en el que se aconsejaba que a la hora de mostrar diapositivas convenía contar una historia) sentía que tanto una conferencia como un diaporama debía ser un relato y que era necesario que el guion lograra que imagen y palabra se compaginaran estrechamente. El relato no sólo debía referirse a un solo tema, sino que podía dividirse en capítulos concisos, que a su vez se descompusieran en series o secuencias aún más breves. Sin saberlo del todo estaba usando la idea holista de la correspondencia entre el todo y las partes.

En la gestación de este procedimiento, que no es fácil de explicar, desempeñaron un papel clave conceptos y métodos tanto antropológicos como pictográficos. Aprendí a traducir y presentar sintéticamente nociones socioculturales que había visto en la licenciatura, tales como patrón de asentamiento, unidad doméstica, proceso de trabajo y organización social. Asimismo, lograba imprimirle al relato un sesgo ya sea diacrónico (contando el desenvolvimiento del tema) o sincrónico (develando su estructura o composición interna). Al mismo tiempo, la selección de una imagen podía depender no sólo del contenido, sino también de cómo se compaginaba con la anterior o la siguiente, del plano fotográfico (si era cercano o distante), del color o la composición. Pensándolo bien, se puede decir que aprendí mucha antropología

² En Colombia, el departamento es la unidad territorial equivalente a la entidad federativa mexicana.

tomando y seleccionando fotos, y elaborando relatos, y que aprendí fotografía y narración haciendo antropología.

La fotografía y los estudios de antropología

La formalización misma de las relaciones entre antropología, fotografía y literatura sobrevendría gradualmente años después en México, donde arribé en 1982, y fue producto de una profundización en parte intuitiva y en parte deliberada.

Como antropólogo, me centré en los estudios socioambientales, sobre todo en el ambientalismo como inquietud y proyecto sociocultural, así como en su enseñanza formal. Mi tesis de maestría consistió en un análisis bibliográfico sobre la *ecología cultural* de Julian Steward (1973), quien propuso este concepto como parte de su evolucionismo multilineal, lo cual me permitió entender la importancia de contar con un método disciplinario para concebir la investigación y organizar los datos respectivos. Apliqué este método en mi tesis de doctorado, al estudiar la enseñanza de contenidos ambientales en la educación básica mexicana. Fue particularmente útil el concepto de *niveles de organización* para entrelazar procesos e instituciones locales regionales y nacionales.

Un segundo aspecto de Steward que me llamó la atención fue cómo su evolucionismo multilineal puede verse como un constructo interdisciplinario que articula herramientas del particularismo boasiano, el funcionalismo inglés, el materialismo marxista y la biología darwiniana (Sánchez Álvarez 1997; 2007). Es decir, podemos articular en nuestros trabajos distintas perspectivas y posturas teórico-metodológicas.

He procurado verter estos aprendizajes al trabajo que he elaborado con imágenes y textos a lo largo de estos años. La exposición *Serranos y vallenatos*, que originalmente monté para celebrar la colombianidad con motivo de las fiestas patrias, en realidad fue una reconstrucción hecha desde la distancia. Como tal, fue el resultado de numerosas e intensas discusiones con fotógrafos y antropólogos, mediante las que se logró pulir aspectos de contenido y de forma, tales como fotos clave, tamaño y textos de las cédulas. La experiencia fue muy rica, pues condujo finalmente a elaborar distintos y nuevos tipos de productos. Uno fue el artículo homónimo que formó parte del libro *Mirando... ¿hacia afuera?*, compilado por Gabriela Vargas Cetina (1999), acerca de experiencias etnográficas realizadas fuera de México. Otro tipo de producto fue un par de presentaciones en *power point*: la primera sobre los indígenas kogui y la segunda acerca de los tres grupos de la Sierra Nevada de

Santa Marta y el valle del río Cesar, las cuales habitualmente proyecto en mis clases.

Al realizar exposiciones y artículos no sólo he ampliado el abanico de productos, sino que he incursionado en nuevos ámbitos, como el mundo de las galerías y del trabajo editorial, ciertamente importantes para la labor antropológica con imágenes y textos.

Como otras personas que comenzaron trabajando con una máquina de escribir y una cámara, hoy llamada, análoga, el paso al mundo de lo digital no ha sido fácil, sobre todo en materia de fotografía. Hay momentos en que realmente extraño mi viejo equipo y cada vez más (como varios otros fotógrafos) me siento tentado a volver a usarlo para tomas específicas; no porque crea que es mejor, sino porque lo conozco y lo uso de manera más eficiente para ciertos fines (como acercamientos de macrofotografía). Pero en general, el mundo digital ha integrado y multiplicado mucho las posibilidades de expresión con imágenes y texto, siempre y cuando uno sepa lo que quiere y cómo lo quiere, precisamente para no sentirse abrumado por una sobreoferta de posibilidades.

En lo particular, me he encariñado mucho con el formato *power point* porque se presta muy bien para conferencias y proyecciones, y también porque con él he podido realizar trabajos disciplinarios y personales (estos últimos más de índole artístico). De las presentaciones *power point* de carácter disciplinario hay una titulada *Métodos antropológicos y narración con imágenes* (2004) que, como su nombre lo indica, plantea cómo podemos usar distintos procedimientos lógicos de la disciplina con el fin de presentar fotos en forma ordenada. Allí se demuestra cómo con unas cuantas fotos y textos muy escuetos podemos ilustrar, por ejemplo, distintas acepciones de la totalidad social, sea ésta funcionalista (colectividad y representaciones), marxista (base y superestructura), holista cultural (fenómeno en contexto) u holista evolucionista (sistema material, sistema organizativo y sistema simbólico). Asimismo, sostiene que eso también se puede lograr en el caso de otros dos conceptos: el de *niveles de organización*, del evolucionismo multilíneal, y el de *proceso de producción*, tomado de la teoría marxista.³

El carácter mismo de la proyección, como narración breve en el que imagen y texto se compenetran estrechamente, facilita la labor de síntesis teórico-metodológica (que en un documento escrito puede requerir capítulos enteros) y, al mismo tiempo, resalta la pluralidad interna de

³ Estos planteamientos conceptuales se inspiran en los siguientes textos: Douglas (1986), para el funcionalismo; Harnecker (1974), para el marxismo; Mead (1962), para el holismo culturalista; Ribeiro (1982), para el holismo evolucionista; y Steward (1973), para lo relativo a niveles de organización.

nuestras disciplinas. Estos dos temas, si intentáramos abordarlos en un texto escrito, quizás nos obligarían a hacer fluir ríos de tinta a lo largo de varios capítulos. No quiero dar a entender con esto que una forma de expresión sea mejor que la otra (¡ni más faltaba!), sino que son intrínsecamente distintas y, por ende, complementarias.

La imagen y el texto: distintos y complementarios

Antes de tratar este punto, quisiera referirme brevemente a la importancia de ver a la fotografía y a la literatura como disciplinas para la elaboración de relatos antropológicos con imágenes y texto. Para ello, traigo a la palestra un *power point* denominado *Plantofilia*, que ilustra lo que puede entenderse como una proyección de índole más personal o, si se quiere, más artística. Este trabajo reúne más de 50 imágenes acompañadas de un texto poético original en el que (creo) se puede apreciar cómo las plantas pueden concebirse como espejos de ciertos aspectos del ser humano, como la búsqueda, la introspección, la autenticidad, el asombro y la afirmación. A diferencia de un *power point* disciplinario, cuyo contenido es en esencia racional y explícito, aquí se opta por un contenido más emocional y sensible, que lleva el peso de la narración, que para ser diversa y animada intenta tener ritmos distintos (tales como cambios de sentido y de humor), siguiendo modelos elaborados por la literatura, la pictografía y el cine.

Subrayo el carácter modelístico e inspiracional de esos ámbitos porque en su calidad de arte representan bastante más que una serie de recursos instrumentales o técnicos. Sin duda, parte de la importancia de lo artístico estriba en su doble carácter de ser original y parteaguas, pero su valor también tiene que ver con la sabiduría que consigue expresar. Siguiendo una idea que le escuchara a mi amigo Benjamín Arditi, el arte dice aquello que la ciencia debe demostrar, de modo que parece ir un paso por delante. Cada uno se relaciona con el saber y la verdad de manera diferente. Mientras el arte suele ser una ficción, en su hechura tiende a ser perfecto y completo; la ciencia, por otro lado, siendo veraz es más bien imperfecta e inacabada.⁴ Por ende, disciplinas más artísticas como la fotografía –entendida aquí como parte de la pictografía–, la literatura y el cine nos proporcionan modelos tanto de

⁴ Con respecto al carácter completo o “redondo” del arte se puede consultar la entrevista que Richard Gardner le hizo en 2008 a Octavio Paz, la cual se incluye en el DVD *Ika hands* (Watertown: Documentary Educational Resources). En relación con esta caracterización de la ciencia, se puede consultar *Mito y significado*, de Claude Lévi-Strauss.

representación (ideas, reflexiones, sensaciones) como de organización de nuestra información, los cuales se convierten en paradigmáticos.

Dentro del ámbito literario han resultado muy significativas la escritura paradójica de Marguerite Yourcenar en sus *Cuentos orientales*, las concisas metáforas sociales de Naguib Mahfuz en *Las noches de las mil y una noches*, los versos chispeantes y sentidos de Federico García Lorca, y las letras imaginativas de muchas canciones de la dupla Lennon-McCartney. Mientras que en el campo de la pictografía, me motiva la obra de pintores como Paul Gauguin y Diego de Silva y Velázquez; el primero, por cómo detiene el instante (a la manera de un fotógrafo); el segundo, por su retrato respetuoso de la otredad cultural (además de su osadía cromática); así como lo realizado por los fotógrafos (para mí, seminales) Graciela Iturbide (1996, Iturbide y Poniatowska 1989) y W. Eugene Smith (1985). Evidentemente, la lista de obras ejemplares es más amplia. Aquí sólo quiero puntualizar que, al igual que con la antropología, fijarse en elementos paradigmáticos en la pictografía y la literatura permite emplearlos en forma más deliberada y libre.

Estoy sugiriendo que conviene pensar que la narración antropológica con imágenes y texto puede situarse dentro de parámetros intelectuales tanto científicos como artísticos (suponiendo que la antropología tiende a ser más una ciencia que un arte),⁵ y que, por lo mismo, se le puede considerar como parte de un patrimonio cultural que uno crea como miembro de una colectividad. Me parece que esta idea sitúa nuestra labor en varias dimensiones, calibrándola dentro de nuestros ámbitos laborales e institucionales y proyectándola desde la disciplina hacia la sociedad en que vivimos (y de regreso).

Quizás una visión interdisciplinaria, centrada en el desarrollo de herramientas y habilidades definidas de tipo científico y artístico, permita superar las dificultades que se han tenido a la hora de ubicar lo que llamamos antropología visual en las instituciones de investigación y educación. Algunas de estas dificultades parecen emanar de una suerte de rivalidad, no reconocida, entre el discurso escrito y el discurso visual, lo cual no le hace bien a nadie; más bien todos salimos perjudicados. La importancia y la utilidad de ambas modalidades están, valga la redundancia, a la vista. Ambas ya constituyen un bagaje cultural considerable y, sobre todo, invaluable. Pero, además, siguiendo con una idea de André Leroi-Gourhan (1971), pictografía y escritura son códigos representacionales diferentes y, por lo mismo, no pueden

⁵ Uso la noción de conocimiento científico en el sentido expresado por Claude Lévi-Strauss, quien afirma que la especificidad explicativa de aquél radica en la claridad de su información y en que puede validarse a sí mismo (1987: 45).

reducirse el uno al otro ni, por así decirlo, fagocitarse.⁶ Es más, aquí se ha visto cómo una continua valoración del relato y de la escritura es necesario para elaborar productos de tipo visual. Igualmente, se ha argumentado que la imagen puede proyectar conceptos antropológicos que originalmente se formularon por escrito. Es decir, la narración antropológica mediante imágenes y textos no puede prescindir ni reemplazar a la escritura. Quizás si logramos desvanecer este temor aparente, podemos abrir el campo de la discusión y de la reflexión hacia cómo impulsar la investigación y la enseñanza de la antropología visual, tomando en cuenta cómo la hemos utilizado hasta ahora en estos campos y qué podemos hacer con ella en el futuro.

La imagen y la divulgación del conocimiento

Hay un ámbito en que las imágenes socioculturales han sido especialmente significativas: la divulgación del conocimiento, que representa algo más que un simple canal de salida de productos. En más de una manera, la divulgación constituye la ventana, o el aparador, con la que una disciplina mira hacia la sociedad en la que se desenvuelve. Por lo mismo, tiene un impacto que va más allá de la generación de una imagen determinada o la proyección de cierta ideología. La divulgación contribuye a que la sociedad genere representaciones de sí misma, así como a observarse una y otra vez y de distintas maneras; de ahí que divulgar tenga un papel reflexivo y pedagógico. Por ejemplo, se puede pensar que los museos (posiblemente nuestros aparadores más importantes) han hecho un aporte para que las sociedades se vean en cierto espejo y que elaboren aprendizajes sociales. Al mismo tiempo, si reconocemos que las ciencias sociales, como parte de procesos de reflexión más amplios, ayudan a detectar y develar problemáticas previamente invisibles o a profundizar en otras, entonces podemos pensar que hay toda una tarea reflexiva y movilizadora por desarrollar. Ello implica, me parece, revisar y analizar continuamente tanto las representaciones sociales existentes, cualesquiera que ellas sean, como los respectivos contenidos en nuestros sistemas educativos. En otras palabras, siguiendo ideas acerca de la construcción de identidades, propuesta por Roberto Cardoso de Oliveira (1992), y de la reflexividad del científico social, planteada por Pierre Bourdieu (Giglia 2003),

⁶ Según Leroi-Gourhan la escritura es lineal, en el sentido de que recorremos con el ojo una dirección (izquierda a derecha, derecha a izquierda; de arriba hacia abajo, etcétera), mientras que la pictografía es una valoración del conjunto y sus formas.

podemos lograr una inserción más definida de la disciplina si somos conscientes de este papel divulgativo y pedagógico.

Para ello, las instituciones que hacen antropología tendrían que pensarse como productoras de bienes culturales, además de averiguadoras de la cultura y formadoras de nuevos profesionales en dicho ámbito. Se trata de verse a sí mismas, me parece, como centros que generan, documentan y difunden activamente información culturalmente significativa; propósito para el cual sistemas informativos, como fototecas y videotecas, pueden cumplir papeles clave, en la medida en que se proyectan como acumuladores y, sobre todo, generadores de patrimonio cultural. Visto así, el campo de la antropología visual o audiovisual es un camino que, en más de una manera, apenas está empezando.

Bibliografía citada:

- CARDOSO DE OLIVEIRA, ROBERTO, 1992. *Etnicidad y estructura social*. México: CIESAS.
- DOUGLAS, MARY, 1986. *How institutions think*. Siracusa [Estados Unidos]: Syracuse University.
- GIGLIA, ANGELA, 2003. "Pierre Bourdieu y la perspectiva reflexiva en las ciencias sociales". En: *Desacatos*, n. 11, primavera, pp. 149-160.
- HARNECKER, MARTA, 1974. *Los conceptos elementales del materialismo histórico*. México: Siglo XXI.
- ITURBIDE, GRACIELA, 1996. *Images of the spirit*. Hong Kong: Apperture.
- ITURBIDE, GRACIELA Y ELENA PONIATOWSKA, 1989. *Juchitán de las mujeres*. México: Toledo.
- LEROI-GOURHAN, ANDRÉ, 1971. *El gesto y la palabra*. Caracas: Universidad Central de Venezuela.
- LÉVI-STRAUSS, CLAUDE, 1987. *Mito y significado*. Barcelona: Alianza Editorial.
- MAHFUZ, NAGUIB, 1996. *Las noches de las mil y una noches*. Barcelona: Plaza y Janés.
- MEAD, MARGARET, 1962. *Educación y cultura*. Buenos Aires: Paidós.
- RIBEIRO, DARCY, 1982. *El proceso civilizatorio: de la revolución agrícola a la termónuclear*. México: Extemporáneos.
- SANCHEZ ÁLVAREZ, MAURICIO, 1997. *Entre la cultura y la natura: una lectura conceptual y explicativa de los elementos socioambientales en La teoría del cambio cultural de Julian Steward*. México: ENAH (tesis de Maestría en Antropología Social).
- , 2007. "Interdisciplina e intradisciplina en el evolucionismo multilíneal de Julian Steward". En: *Bricolage*, año 5, n. 13, enero-abril, pp. 56-58.

SMITH, W. EUGENE, 1985. *Let truth be the prejudice: aperture*. Nueva York: The Philadelphia Museum of Art.

STEWART, JULIAN, 1973. *Theory of culture change*. Urbana: University of Illinois.

VARGAS CETINA, GABRIELA, COORD., 1999. *Mirando... ¿hacia afuera?* México: CIESAS.

YOURCENAR, MARGUERITE, 2008. *Cuentos orientales*. Madrid: Punto de Lectura.

Mauricio Sánchez Álvarez
Universidad Autónoma del Estado de Morelos



El ir y (de)venir de un antropólogo social mexicano

Pró-logo para antropó-logos

Diversas personas se sorprenden al conocer a un antropólogo. Numerosas preguntas surgen alrededor del oficio. Particularmente para aquellos cuyo imaginario puede estar nutrido por un referente *hollywoodense* u otro tratado por medios comerciales. Pero ¿qué hace?, ¿para qué sirve?, ¿dónde trabaja un antropólogo?

Los neófitos que se asumen versados en el tema –sin serlo obviamente– hacen preguntas “específicas” sobre las ruinas (zonas) arqueológicas, otros cuestionan sobre los dinosaurios, pero la pregunta general que engloba a todas es: “¿y de qué (trabajo) vive?”. Yo mismo compartía otrora las mismas dudas.

Para responder a ello –dependiendo de la paciencia y humor que se tenga– concluyo que, para muchos, antropólogo es sinónimo de filósofo, de artista..., un modo de ser y de pensar raro. Muy pronto cae uno en cuenta de que del desconocimiento general de la materia, los propios antropólogos somos los responsables.

Las aproximaciones

Al ingresar a mis cursos preparatorianos, mi inclinación era por la biología marina, en específico la oceanografía. Sin embargo, al concluir los cursos, un grupo nutrido de amigos, entre los que me encontraba, se reunía regularmente durante los fines de semana para discutir temas vinculados con la política y los acontecimientos nacionales e

internacionales. Cada quien aportaba los conocimientos de lo que aspiraba. Las tertulias eran convocadas algunas ocasiones por el escritor Ricardo Garibay (padre), y en ese ir y venir de pensadores, tuvimos la oportunidad de conocer a Erich Fromm cuando radicó en Cuernavaca, Morelos; la breve charla con él dejó claro en todos aquellos indecisos el valor de las ciencias sociales en la aplicación de soluciones prácticas que el país demandaba.

Llegado el momento de decidir la licenciatura, fue la antropología social la que me pareció de mayor interés, pues ofrecía (ofrece) la oportunidad de conocer cómo otras sociedades no occidentales han discutido y enfrentado sus dilemas culturales.

Los estudios los realicé en la Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa (UAMI), de 1979 a 1983, en la que fuera la generación más numerosa que la disciplina recibía entonces: trece alumnos.

La novel universidad y el número reducido de alumnos permitieron un contacto personal (y de amistad) con muchos catedráticos. Diversas exposiciones fueron impartidas en el salón de profesores, alrededor de una mesa con café disponible; otras, en el propio cubículo del maestro, cuando el número lo permitía. Nuestras “primeras visitas antropológicas” fueron a las chinampas prehispánicas localizadas cerca de la universidad, con rumbo a la actual central de abastos, así como la visita al rescate de fósiles de mamut descubiertos en el propio campus.

El tema de tesis que desarrollé fue sobre etnozoología. Mi profesora y tutora, la doctora Ingrid Rosenblueth, sabía mi interés por la biología y me dirigió a través de un curso de sociobiología para relacionarlo después con la antropología simbólica, particularmente con los temas de religión, magia y curanderismo, lo que en un principio fue visto con indiferencia por algunos colegas contemporáneos, pues las reflexiones en boga eran sobre temas campesinos y laborales (obreros, sindicatos, etcétera). A la luz de mis primeros resultados, fui invitado a publicar en la revista *Práctica* (Velázquez 1982).¹

Una vez concluida la licenciatura, y siendo aún pasante, inicié la búsqueda de un empleo. La oportunidad se presentaría, a través de un amigo diseñador, con un museógrafo del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), quien estaba participando en el proyecto del nuevo Museo Regional de Chiapas. Fui contratado en 1984 con

¹ Tiempo después, en 1988, obtuve el grado con la tesina titulada *Etnozoología y cosmogonía en los Altos de Morelos*, dirigida por Ingrid Rosenblueth.

el cargo de Coordinador de Documentadores para la Detección, Selección y Adquisición de Documentos y Objetos para el Guion de Historia del Museo. La colaboración científico-académica para los guiones de dicho inmueble involucró a otras dos dependencias con las que nos veíamos relacionados directamente: el Instituto Nacional Indigenista (INI) y la Dirección General de Culturas Populares (DGCP). Terminado el quehacer, la maestra Marta Turok, quien trabajaba en esta última dependencia y participó igualmente en los guiones del museo, me invitó a colaborar en la DGCP, pero mi ingreso no se logró.

Durante más de un año, la insistencia de encontrar trabajo dentro el gremio me llevó a tocar diferentes puertas, algunas donde ya laboraban conocidos y en otras ofreciendo mis servicios; nada se concretó.

En el último semestre de 1985, Turok fue nombrada Directora General de Culturas Populares y en 1986 me invitó a participar en la dependencia. Entonces, el gobierno federal brindaba la oportunidad de trasladar la plaza laboral al lugar de residencia que se prefiriera (por la política de descentralización a raíz de los terremotos de 1985). Solicité mi traslado al estado de Michoacán.

Así, inicié con el cargo de Investigador Técnico en la ciudad de Uruapan, siendo mi labor la de asistir a los purhépechas que así lo pidieran en las investigaciones sobre su propia praxis, en un enfoque con perspectiva emic-etic. Impartí tres asesorías etnográficas a comuneros de Huáncito, Motín del Oro y Santa Fe de la Laguna; empero, mi participación se centró en la comunidad indígena de Tarerio (zona lacustre de Pátzcuaro) y en las prácticas de la pesca tradicional y su significado simbólico.

Meses después, como Coordinador de Investigadores, en la ciudad de Morelia, participé en tres proyectos más: ilustración del guion "Caracol Púrpura Panza" en el Museo Regional Michoacano, en la investigación para el programa "Creación de una Canasta Básica de Materias Primas Artesanales" en el estado de Michoacán, y en la formulación de las bases para la elaboración de un fichero etnográfico con centralidad en los "chavos banda" y los movimientos urbanos populares de Morelia.

En 1987 decidí inscribirme a la Maestría en Antropología Social de El Colegio de Michoacán (Colmich), en parte porque la perspectiva de avanzar en los estudios era, dentro de Culturas Populares de Michoacán, muy limitada.

Al concluir la maestría (1989) con la tesis *Vivencias de una familia republicana del norte centro mexicano: antropología de una historia, 1806-*

1910,² regresé a Morelia, donde laboré en la recién abierta oficina del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (Conacyt) por invitación del delegado regional (egresado de la UAM-Xochimilco). La labor allí desempeñada tuvo poco que ver con la disciplina, pues fui responsable de recuperar información científica y técnica para investigadores y empresarios; sin embargo, ese puesto me otorgó la oportunidad de conocer un número importante de personas de distintas partes de la entidad, que a la postre fueron fundamentales para mi desempeño.

A principios de los noventa del siglo pasado, el número de inmigrantes defechos en Morelia era importante; todos o casi todos coincidíamos en los pocos espacios comunes de tipo cultural, de entretenimiento o en reuniones sociales. En estas últimas, muchos nos reuníamos por el simple hecho de ser “chilangos”; a esto se sumó que la mayoría éramos egresados de la UAM, principalmente del campus Xochimilco. A partir de estos encuentros, surgió la idea de crear una asociación de exalumnos, cuyo objetivo era el de acercarnos a diversas actividades académicas que nos permitieran mantenernos actualizados, conseguir intercambios académicos, becas, descuentos, etcétera. Nació entonces la Fundación Metropolitana; a los socios fundadores nos resultó sorpresivo el número de egresados de la UAM que congregamos.

Algunos logros interesantes se materializaron. Entre ellos, la visita del exrector de la UAM, el doctor Julio Rubio Oca, así como varias exposiciones y conferencias; sin embargo, los gastos de mantenimiento y operación minaron el esfuerzo hasta el cierre definitivo de la Fundación.

Cuando varios de sus miembros lograron cargos de cierta importancia estatal, la fundación fue entendida por muchos michoacanos como una agrupación con fines políticos; nada más lejano de la realidad, ya que varios de sus integrantes dedicábamos nuestros esfuerzos a apoyarnos mutuamente notificándonos o recomendando a personas que se sabía que no tenían trabajo.

En esos años, la única manera de adquirir bibliografía de temas antropológicos era en las librerías de la Ciudad de México,³ motivo por el cual los viajes a aquella eran regulares y también se aprovechaban para visitar a familiares y amigos. Como resultado de esas andanzas, se me presentó la oportunidad de trabajar en el Centro INAH Michoacán. Así que en 1991 ingresé como Subdirector Técnico Académico para estar al

² Publicada después con el título *Amor, ciencia y gloria: la contribución de los Chávez y los Castañeda en el desarrollo del México Moderno* (Velázquez 2001).

³ Por sorprendente que parezca, la ciudad de Morelia no contó con una librería especializada en ciencias sociales hasta que el Fondo de Cultura Económica (FCE) y el Colmich abrieron una con el nombre “Luis González y González”, a finales de 2007.

frente de la Dirección del Museo Regional Michoacano. Sin duda alguna, fue la oportunidad de conocer y aplicar más directamente mi formación académica, pero también la lección más importante en la intrincada relación laboral-sindical.

Durante la gestión, se emprendió la reactivación y coordinación del consejo editorial de la centenaria publicación *Anales del Museo Michoacano*, en su tercera época, publicando el suplemento del tomo 3, el tomo 4 y su suplemento, y dejando concluido el tomo 5 en galeras.

Además, se construyó una red de museos con la cual se fortalecieron los intercambios para exposiciones temporales y se logró que la V Feria Nacional del Libro de Antropología e Historia se realizara en Morelia. Más de 300 actividades diversas se formalizaron entre 1991 y 1993. Destacaron dos por ser inéditas en el país: la primera exposición arqueológica de una cocina prehispánica completa en un restaurante privado llamado Fonda Las Mercedes, donde se incluyeron en el menú alimentos preparados según la época; y las visitas guiadas al Museo Regional Michoacano para personas invidentes y disminuidos visuales.

Para 1994, me encontraba laborando en el Instituto Michoacano de Cultura (IMC) como Coordinador de Museos del Estado de Michoacán. Ese cargo duró poco, pues nunca se autorizó la plaza; con todo, dio tiempo para formular un diagnóstico de la situación de los museos michoacanos en resguardo del gobierno estatal, y para esbozar los primeros reglamentos para su operación. Posteriormente, fui designado responsable de ediciones y publicaciones del IMC. Durante mi desempeño en este cargo, se conformó un consejo editorial cuya misión era abatir los rezagos en artículos y libros que se habían recibido, lográndose un gran avance en la calificación de 120 textos, muchos de los cuales se publicaron.

En 1995 ocupé el cargo de Subdirector de Planeación del propio IMC, formulando varios reglamentos internos y la propuesta de reestructuración del organigrama del Instituto. Se abrió un foro de discusión para consensuar la posibilidad de crear una ley de cultura; sin embargo, el clima político no fue el apropiado y se detuvieron todos los avances.

Para finales de 1996, la oportunidad de trabajo se presentó en el Instituto de Capacitación para el Trabajo del Estado de Michoacán (Icatmi). El quehacer institucional fue todo un reto para mi formación y mi experiencia laboral, pues, desde la primera entrevista con el titular, éste no veía cómo un antropólogo podría ayudarlo en cursos de capacitación técnica.

Entonces se hizo patente que en los sistemas educativos formales no nos preparan para ofrecer nuestro conocimiento, mucho menos para

promoverlo; tampoco se nos enseña a aplicarlo a problemas prácticos (existen múltiples razones históricas en la experiencia del gremio que le dan sustento a ese proceder), algo que sí sucede con mayor frecuencia en otros países anglosajones, donde despachos de consultoría especializada en antropología social o cultural asesoran a los gobiernos o, incluso, a la iniciativa privada.

En México, la mayoría de los colegas tipifican esa actividad como una deslealtad con los grupos más vulnerables como indígenas, campesinos y pobres. Desde esta perspectiva, el antropólogo está allí para estudiar y analizar la realidad –sin involucrarse o contaminarla– y explicarla a la luz de un marco teórico para desenmarañar las “otras realidades” y, si fuera el caso, para proponer soluciones, pero ¿a quién?: ¡a la ciencia!..., al propio grupo académico de origen, a través de publicaciones y discusiones gremiales.

La formulación de una propuesta práctica que la antropología podía ofrecer –para el Icatmi– consistió en hacer un estudio de factibilidad cultural para reformular la oferta educativa-técnica acorde con las necesidades locales y regionales; de esta manera, el trabajo “Estudio de factibilidad y desarrollo 1996-2000” que se realizó para dicho instituto contemplaba propuestas concretas, en especial para su plantel recién inaugurado en Acuitzio del Canje, que contaba con una inversión importante en equipo de cómputo, así como en espacios y aulas subutilizados.

Para la conclusión del estudio y la supervisión de su inicio de operación, fui invitado por el delegado estatal de la Secretaría de Medio Ambiente y Recursos Naturales (Semarnat) –otro exalumno de la UAM– a la coordinación de los Programas de Desarrollo Regional Sustentable (Proders), impulsados por su titular, la bióloga Julia Carabias Lillo. El programa necesitaba a profesionales con experiencia en trabajo de campo en comunidades indígenas: antropólogos, sociólogos, biólogos, agrónomos, etcétera. El trabajo lo desarrollé de 1996 a 1999, y fue una oportunidad de conocer y manejar nuevos conceptos como el de desarrollo sustentable; mis conocimientos en antropología (etnografía, sociobiología y ecología cultural, entre otros) fueron fundamentales para poder discutir y estructurar los cursos de capacitación, reorientar proyectos de inversión local y relacionarme con los purhépechas.

La relación con organizaciones como el Programa de Aprovechamiento Integral de Recursos (PAIR) y el INI, ambas en Pátzcuaro, fueron decisivas para la elaboración del “Diagnóstico de la Meseta Purhépecha”, donde la mano de un excolmichiano (Claudio Garibay Orozco) fue trascendental. Ese Proders fue el único que, a nivel nacional, publicó

su “Programa de Desarrollo Regional”, consensuado con la mayoría de los presidentes municipales de la región;⁴ la publicación se realizó en 1998 con recursos del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD). De igual manera, se puso a consideración del Gobierno del Estado de Michoacán, entonces de extracción priista, a través del Comité de Planeación para el Desarrollo del Estado de Michoacán (Copladem).

Una vez más, otra oportunidad se derivó de las propias relaciones de trabajo, las que esta vez me llevaron al estado de Guanajuato, donde la experiencia en la operación de Consejos de Desarrollo Regional complementó mi visión del desarrollo regional sustentable.

Durante el 2000, al ocupar el cargo de Director de Desarrollo Regional del Noroeste de Guanajuato, en el Consejo de Desarrollo Regional (Codereg) del Comité de Planeación para el Desarrollo del Estado de Guanajuato (Copladeg), se redondeó y materializó la experiencia con la inclusión de la sociedad civil (indígenas chichimecas, centros de investigación, organizaciones no gubernamentales, etcétera) en la definición de políticas de inversión regional. Muchas de las propuestas que se realizaron y desarrollaron años atrás, experiencias en asesorías etnográficas, talleres y capacitaciones locales y municipales, así como estudios de factibilidad, diagnósticos regionales y la propuesta de un “Programa de Desarrollo Regional”, fueron vitales en esa época. Esta actividad duró poco más de un año; al arribo del panismo de Romero Hicks, se reservaron los cargos únicamente para personas afines al PAN, por lo que se efectuaron varios cambios en las oficinas regionales.

El año 2001, inicio de un siglo y milenio, de vuelta en Michoacán, estuvo permeado por el desempleo personal. La única opción fue la docencia en materias optativas de antropología en una maestría en arquitectura (concepto cultural del espacio y técnicas de trabajo de campo), y a nivel licenciatura en la disciplina de psicología, dándoseme la oportunidad de definir el programa de la materia de antropología social, sin ser aún titular de la asignatura.

En ese contexto, se inició la campaña del antropólogo Cárdenas Batel como candidato a gobernador del estado de Michoacán; su coordinador de campaña, quien conoció mi trabajo en el Proders Purhépecha, me invitó a participar en el programa de gobierno con propuestas para la atención a grupos marginados.

⁴ Los del Partido de la Revolución Democrática (PRD) y del Partido Acción Nacional (PAN). Únicamente no fue aprobado por los alcaldes emanados del Partido Revolucionario Institucional (PRI).

La formulación que se presentó fue más ambiciosa y planteó toda una propuesta integral, al analizar las causas del deterioro social, ambiental, así como la desarticulación del quehacer gubernamental de la realidad michoacana; se propuso la estructuración de un Sistema Estatal de Planeación con inclusión social activa y permanente, la consideración de planes de desarrollo comunitarios y regionales que se articularían a través de los planes municipales y el estatal para la definición de políticas públicas consensuadas con la sociedad civil y los tres órdenes de gobierno (Velázquez y Alcocer 2001). Éstas y otras ideas fueron consideradas en la propuesta del entonces candidato.

Tras el triunfo del antropólogo Cárdenas Batel, se le otorgó a su coordinador de campaña la titularidad de la recién creada Secretaría de Planeación y Desarrollo Estatal, y a quien esto escribe, la Dirección de Promoción para el Desarrollo Regional en el Estado de Michoacán.

La propuesta derivó en la instalación de la figura del Subcomité de Planeación para el Desarrollo Regional (Suplader), para lo cual fue necesario reformular los criterios de la regionalización en el estado. La implementación de los Suplader se fundamenta en la construcción de regiones con base en un criterio hidrológico (el agua como pilar fundamental del desarrollo) ajustado al límite municipal, y el reconocimiento histórico-cultural de los pueblos que da expresión e integridad al territorio. De igual manera, se consideraron los caminos (*hinterland*) como expresión que influye en el desarrollo de manera decisiva. La aprobación de esta propuesta fue publicada en el *Diario Oficial*, en julio de 2004, y se creó una estrategia de promoción y difusión (Velázquez 2005) hacia el gobierno y la sociedad.

Los Suplader son un espacio de participación social-institucional para los que el Gobierno del Estado dispone de un fondo regional, y en el que ambos sectores priorizan (a partir de un diagnóstico) las necesidades más urgentes de la región en cuestión, en beneficio de dos o más municipios.⁵

El enfoque de la antropología y la posibilidad de laborar en una de las secretarías más relevantes del estado me permitieron dar giro a ciertos programas y decisiones de gobierno, así como estrechar el vínculo con la academia, viendo a ésta como proveedora de diagnósticos y estudios que posibilitaran al gobierno redirigir su política de intervención.

⁵ La experiencia en el manejo y operación de estos espacios de participación social-gubernamental será próximamente publicada con la finalidad de registrar el ejercicio de ocho años de gestión para que, en lo futuro, se disponga de referentes que faciliten ajustar los mecanismos de trabajo en esta materia.

La experiencia de trabajo de campo, la visión social y el conocimiento interno de la cultura burocrática gubernamental facilitó, hasta cierto punto, aprovechar el momento, el lenguaje y la conducta personal para hacer inteligibles las modificaciones a los programas de gobierno conceptualizados desde oficinas por personas ajenas a la visión antropológica.

Últimas palabras

Finalmente, en una reflexión más pausada, está claro que los que fuimos formados en el siglo pasado con una fuerte inclinación para ser observadores (con todo y la técnica participativa, uno tenía que “entrar” y “salir”) carecimos de herramientas para aplicar nuestro conocimiento más allá del mundillo de las ciencias y los doctos.

La antropología social ofrece las ventajas suficientes para analizar y conocer ampliamente nuestra realidad, entenderla y proponer los cambios pertinentes para mejorar ciertos aspectos. Esto abre las puertas del debate: ¿qué es mejor?, ¿para quién?, ¿quién otorga el derecho al cambio?, ¿por qué cambiar?, entre otros espinosos etcéteras.

Mientras debatimos sobre la ética de la investigación-acción, o la antropología aplicada,⁶ y consideramos por respeto no participar con las comunidades y con los grupos estudiados, otras fuerzas más demolidoras y con técnicas enajenantes, de clara tendencia homogenizante, están incidiendo sin ningún escrúpulo.

Las sociedades, se nos dijo, no son estáticas, sino dinámicas, los elementos culturales de transformación, como lo señaló Bonfil Batalla (1987), puede darse por decisiones propias o ajenas. Nos toca, desde nuestro rincón, aportar los elementos conceptuales para que los grupos que así lo determinen transformen su realidad y sean ellos los emprendedores del cambio o de la conservación que aspiren.

Hay en el ambiente una nueva praxis, entre varios de los colegas, de “devolver” a las comunidades lo que ellos mismos aportaron; es decir, dejar de observar a los grupos como si estuvieran en un escaparate para la vivisección antropológica. Por el contrario, se pretende apoyarlos más directamente en lo que ellos mismos sueñan y ambicionan. Finalmente, será su decisión la que, cruzada por nuestros propios temores, ideas e intereses de lo que conceptualizamos por el bien, lo justo y lo necesario, nos haga actuar en consecuencia.

⁶ Al respecto varios antropólogos, desde mediados del siglo pasado, han definido el concepto. Los enfoques de Foster (1969), Van Willigen (1986) y Bennet (1996) son dignos de considerarse para esta discusión.

Bibliografía citada:

- BENNET, JOHN M., 1996. "Applied and Action Anthropology: Ideological and Conceptual Aspects". En: *Current Anthropology*, v. 36 (Supplement Special Issue "Anthropology in Public"), pp. S23-S53.
- BONFIL BATALLA, GUILLERMO, 1987. *México profundo: una civilización negada*. México: Grijalbo.
- FOSTER, GEORGE M., 1969. *Antropología aplicada*. México: FCE (Breviarios, 232).
- VAN WILLIGEN, JOHN, 1993. *Applied Anthropology: An Introduction*. Westport: Bergin & Garvey.
- VELÁZQUEZ, PEDRO, 1982. "Bichos y símbolos". En: *Práctica*, n. 3, julio, pp. 47-60.
- , 1988. *Etnozoología y cosmogonía en los Altos de Morelos*. México: UAMI (tesis de Licenciatura en Antropología Social).
- , 1989. *Vivencias de una familia republicana del norte centro mexicano: antropología de una historia, 1806-1910*. Zamora: Colmich (tesis de Maestría en Antropología Social).
- , (2001). *Amor, ciencia y gloria: la contribución de los Chávez y los Castañeda en el desarrollo del México Moderno*. Zamora: Colmich (Col. Testimonios).
- VELÁZQUEZ, PEDRO, COORD., 2005. *Nueva regionalización para la planeación y desarrollo del estado de Michoacán*. Morelia: Seplade-Gobierno del Estado de Michoacán.
- VELAZQUEZ, PEDRO A. Y GUSTAVO ALCOCER, 2001. *Una nueva política pública hacia la sociedad rural michoacana*. Morelia (inédito).

Pedro A. Velázquez
<antropvelazquez@gmail.com>



Viaje desde la antropología a la historia, y de regreso

1974 fue un año con no más ni menos eventos políticos, desastres naturales y accidentes de aviación que otros años, aunque quizá el acontecimiento más enfatizado haya sido la renuncia de Richard Nixon a la Presidencia de los Estados Unidos, tras el escándalo de *Watergate*. Fue también el año en el que cumplí 21 veranos y en el que entré a la Licenciatura en Antropología Social en la Universidad Iberoamericana (UIA).

Para mi fortuna, en la UIA de aquel entonces coincidían destacados antropólogos y maestros inolvidables: Ángel Palerm, Arturo Warman, Carmen Viqueira, Guillermo de la Peña, Jorge “el Doc” Alonso, Pepe y Brixí Lameiras, Roberto “el Canche” Melville, Victoria Novelo, Esteban Krotz, Andrés Fábregas, Patricia de Leonardo, Ricardo Falomir y Roberto “el Flaco” Varela, entre otros.

Considero un privilegio haber sido formada humana y profesionalmente por todos ellos. Nunca olvidaré la cálida bienvenida al “camino de la Verdad” que nos dieron en vísperas de nuestra primera práctica de campo en el oriente de Morelos. Como verdes y nerviosos estudiantes que éramos, no entendimos en aquel momento si nos estaban hablando en serio o en broma, pero pronto nos dimos cuenta de que participar por primera vez en un trabajo de campo, pilar de nuestra disciplina, constituye también el verdadero momento de la verdad y, por ende, el implacable filtro que disgrega a las y los elegidos, de quienes no gozan de la suerte de tener madera de antropólogos.

Ocho semestres y varias prácticas de campo después, inicié la preparación de mi tesis. Tras la lectura de *La Guerra de Castas de Yucatán*, de Nelson Reed,¹ que devoré cual si fuera novela histórica de aventuras, decidí elaborarla sobre algún aspecto tocante a ese tema. Como tutor, Arturo Warman me sugirió que en vez de llevar a cabo mi trabajo de campo en Yucatán, me aventurara a hacerlo en Quintana Roo, en aquel entonces *terra ignota*, con lo que mi esfuerzo sería realmente pionero.

Ni el escritor, ni el maestro, ni yo, por supuesto, nos imaginábamos la influencia definitoria y trascendental que ejercerían en mi vida profesional y personal, ya que a partir de entonces me dedicaría por completo al estudio de ésta, la más destacada de todas las rebeliones mayas, y optaría por vivir, como hasta el día de hoy, en territorio quintanarroense. La cereza del pastel la puso Sidney Mintz, gracias a un extraordinario curso sobre plantaciones azucareras, esclavitud y cimarronaje que impartió en la UIA.²

Tras seis meses de trabajo de campo en Felipe Carrillo Puerto y otros tantos de posponer lo inevitable, me recibí en mayo de 1981. Mi tesis, *Chan Santa Cruz: historia de una comunidad cimarrona de Quintana Roo*, no sólo fue acreedora del primer premio –compartido– de la Asociación de Historiadores Latinoamericanos y del Caribe (Adhilac) sino que causó

¹ Véase también la nueva edición en inglés revisada (2001), donde el autor nos agradece a Luz del Carmen Vallarta y a mí, entre otros, por la información actualizada y complementaria acerca de este proceso histórico.

² El curso se titulaba “La antropología del azúcar” y fue impartido por Sidney Mintz en la UIA en enero de 1977.

cierta polémica entre los colegas por mis planteamientos teóricos, y efectivamente fue un trabajo pionero en muchos aspectos del pasado quintanarroense. Fue también, lo confieso, mi primer coqueteo con la historia.

Profesionalmente, ha sido muy estimulante el reto de combinar dos disciplinas tan ricas y complejas como la antropología y la historia. Es como estar enamorada simultáneamente de dos personas distintas pero complementarias, sin serle infiel a ninguna de las dos. De entrada, resultó la mejor plataforma para la labor docente que realicé por primera vez en la Universidad de Quintana Roo (UQROO), en Chetumal (1992-1997), donde junto con Luz del Carmen Vallarta y Antonio Higuera Bonfil, también antropólogos e historiadores, compartimos asignaturas y llevamos a los estudiantes a hacer sus prácticas a lugares tan disímiles como la lucha libre, las comunidades menonitas del norte de Belice y el poblado de Tihosuco durante la ofrenda a los muertos o *Janal Pixan*. Además de revisar y adecuar el plan de estudios de la carrera.

Dar clases de Teorías Antropológicas, Historia y Cultura Regional, y Etnología General a los estudiantes de antropología en aquellos años, fue no sólo un privilegio, sino sumamente instructivo, ya que enseñando fue como realmente aprendí y entendí muchas cosas –desde conceptos teóricos hasta posturas políticas– que no había procesado durante mi propia formación como antropóloga. Por fin percibí de qué se trata y me reconcilié con una realidad de la que había llegado a sentirme no sólo ajena sino impotente para remediarla.

Esta afortunada combinación histórico-antropológica se cristalizó posteriormente de muchas maneras. Una de ellas entre 1997 y 2001, en un proyecto multidisciplinario auspiciado por la UQROO y el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (Conacyt), titulado “Sociedad y cultura en la vida de Quintana Roo”. El producto fue un conjunto cinco libros escritos por cada uno de los cinco participantes (Macías Richard 1997, Ramos Díaz, 1997, Careaga Viliesid 1998, Higuera Bonfil 1999, y Vallarta Vélez 2001), con la particularidad de que utilizamos investigación documental, recopilación de evidencias archivísticas, bibliográficas, iconográficas y cartográficas, entrevistas, trabajo de campo en comunidades, genealogías y otros elementos teóricos y metodológicos provenientes tanto de la historia como de la antropología.

En relación con la disciplina antropológica, considero mi formación como una ventaja, ya que me he beneficiado de sus planteamientos y métodos de muchas maneras, más allá de lo estrictamente académico. He estado metida en la labor editorial desde muy temprano, coordinando el Fondo de Fomento Editorial del Estado de Quintana Roo

(1979-1981)³ así como el Departamento de Publicaciones de la Dirección General de Intercambio Académico de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), de 1983 a 1985.⁴ La experiencia de organizar información obtenida a través del trabajo de campo, con un diario de campo y fichas, entre otras formas, y presentarla en forma coherente me resultó particularmente útil.

He hecho investigación en varias instituciones, de las que destacan el Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora (1986-1991) y la UQROO (1992-1997). En el Instituto Mora, además de dedicarme a profundizar en la historia quintanarroense, coordiné el “Proyecto de Historia Regional”, uno de los primeros esfuerzos por presentar la historia nacional desde la perspectiva de los estados.⁵ Tanto en esa institución como en la UQROO, planteé siempre, para desesperación de algunas camaradas historiadoras, la imposibilidad de hacer historia de un lugar que no se conoce personalmente, que no se ha visto y vivido con la ventaja de la observación participante.⁶

He contribuido, creado y dirigido asociaciones civiles en Tepoztlán, Morelos (1974-1976) y Chetumal, Quintana Roo (2000-2006) sobre temas tan diversos como la educación integral y la prevención del virus de inmunodeficiencia humana (VIH), con la ventaja de una formación profesional que me permitió entender la diversidad cultural y sus virtudes, así como la manera en que yo afecto a mi sujeto de estudio.⁷ En ese mismo tenor, coordiné talleres de capacitación sobre violencia familiar en el Sistema para Desarrollo Integral de la Familia (DIF) de Quintana Roo (2005-2006) y realicé una investigación sobre el suicidio en el municipio de Othón P. Blanco (2006-2007). Actividades en las que mi experiencia en el trabajo de campo antropológico fue crucial.

Desde agosto de 2007, coordino la Biblioteca Antonio Enríquez Savignac de la Universidad del Caribe (Unicaribe), un mundo complejo

³ Producto de ello fueron las siguientes obras de mi autoría: *Bibliografía general de Quintana Roo* (1979), *Lecturas básicas para la historia de Quintana Roo: antología*, 6 vs. (1980) y *Quintana Roo: entre la selva y el mar* (1982).

⁴ Publicamos la *Revista de Intercambio Académico*, entre otras obras informativas y de divulgación.

⁵ Producto de ello fueron las siguientes publicaciones: “Bibliografía comentada del estado de Quintana Roo” (1987), *Quintana Roo: una historia compartida* (1990), y varios textos más sobre temas históricos relacionados con Yucatán.

⁶ Algunas obras de mi autoría fueron: “Chan Santa Cruz: la religión como resistencia” (1993), “La contribución de Edward H. Thompson a la etnografía y a la historia regional” (1995), el “Prólogo” a la reedición de *Los misterios de Chan Santa Cruz* de Napoleón Trebarra (1996), “Mayas bravos y mayas pacíficos: reconfiguración de una cultura en el siglo XIX quintanarroense” (1997a), “Neutralidad y rebelión: Yucatán entre dos guerras, 1846-1849” (1997b), “Forjadores de identidad: los mayas y los estudiosos de la cultura maya en Quintana Roo” (2000), y *Episodios de una entidad futura* (2002).

⁷ De esta experiencia surgieron dos artículos: “México, Chetumal, Quintana Roo” (2005) y “Punto de Encuentro de la Comunidad, A.C., Mexico” (2005).

y fascinante que requiere, entre otros atributos, una mente abierta, adaptabilidad, flexibilidad y curiosidad ante lo nuevo y diferente. En todas estas instancias he aplicado alguna enseñanza, ya sea teórica, formativa o metodológica de la antropología, así como de la mancuerna histórico-antropológica.⁸ Incluso mi tesis doctoral, en la que actualmente trabajo, si bien es histórica, no deja por ello de tener elementos de la antropología, pues versa sobre la visión de la vida cotidiana que tuvieron los viajeros del Yucatán decimonónico; a fin de cuentas, los exploradores y viajeros de los siglos XVIII y XIX eran antropólogos de clóset o antropólogos en ciernes, o antropólogos *sui generis*, pero al fin y al cabo, mucho tenían de antropólogos.

Mis viajes y experiencias sobresalientes están plasmadas en cuadernos (y ahora en documentos electrónicos y mi blog *Noticias del Trópico*), que son en realidad diarios de campo con todas sus útiles características, que refuerzan el lazo profundo que, sin duda, me une a progenitores tan insignes y originales como Bronislaw Malinowski o Alfonso Villa Rojas. Inclusive en mi desarrollo personal, durante un interludio que comenzó con una residencia de seis meses en la India en 2007, hice observación participante e intensa de mi interior; mi diario de campo se convirtió en una práctica cotidiana para entenderme mejor.

En definitiva, la antropología me ha permitido conocer y apreciar a México, sus raíces recónditas y su realidad con más herramientas que, quizá, el común de las y los mexicanos; es como si mirara a mi alrededor a través de un gran angular que requiere tolerancia, respeto y amor por el mosaico multicultural que es nuestro país. Vivo en un lugar donde el pasado es presente, donde los descendientes de los mayas protagonistas de la Guerra de Castas –objeto de mis pesquisas académicas– están vivos. Por fortuna, la antropología no me permite olvidarlo.

El “camino de la Verdad” no siempre es fácil, pero nunca está exento de humor y rara vez de compromiso. Las y los antropólogos tenemos algo de hippies, aunque ya no vistamos de mezclilla, huipil o guaraches ni carguemos nuestras cosas en un morral. No perdemos la oportunidad de pasar una nostálgica velada recordando las anécdotas divertidas, curiosas y hasta temerarias que ocurren en las prácticas de campo. Tenemos una ética profesional que ya quisieran otras disciplinas, y por naturaleza defendemos el derecho de los seres humanos a ser diferentes. Nuestra visión integral de la sociedad, tanto sincrónicamente como a través de la gama diacrónica del devenir, es

⁸ Véase Careaga Viliesid e Higuera Bonfil (2011).

tal vez una de las mejores y más eficaces herramientas para observar la realidad. Sin embargo, frente a los retos actuales, cabe preguntarnos: ¿somos dinosaurios?

Recuerdo una reveladora conversación con Margarito Molina, correligionario antropólogo, en Ichpaatún, frente a la isla Tamalcab, un domingo de 2009. Nos preguntábamos si podíamos todavía hacer antropología clásica: ¿aún tiene sentido y posibilidades de ser el clásico trabajo de campo? ¿Es la antropología una ciencia social en extinción y nosotros una especie igualmente destinada a desaparecer? ¿Nos equivocamos de camino o se trata más bien de la crisis de las humanidades? ¿Tenían nuestros padres razón al insistir en que estudiáramos una carrera menos idealista y más productiva? ¿Somos unos románticos incurables en busca del noble salvaje, de un objeto/sujeto de estudio que no es ni quiere ser esa imagen idealizada? Ahí permanecieron y permanecen estos cuestionamientos como temas válidos de reflexión...

No obstante, una cosa me queda clara. Escribiendo estas “memorias”, me doy cuenta de que leo, me expreso y me desempeño como antropóloga, y de hecho veo el mundo con ojos de antropóloga. Nunca he dejado de serlo. Es mi formación básica, pero es también una columna vertebral en mi vida cotidiana. Soy más observadora, analítica y empática por ello; poseo un criterio más amplio y la capacidad de ver y apreciar la pluralidad, y aunque no siempre tenga la respuesta, la antropología me ha dado el privilegio de cuestionar, sin temor, mi entorno y el momento histórico que vivo.

Bibliografía citada:

- CAREAGA VILIESID, LORENA, 1979. *Bibliografía general de Quintana Roo*. Chetumal: Fondo de Fomento Editorial del Estado de Quintana Roo.
- , 1980. *Lecturas básicas para la historia de Quintana Roo: antología* (6 vs.). Chetumal: Fondo de Fomento Editorial del Estado de Quintana Roo.
- , 1981. *Chan Santa Cruz: historia de una comunidad cimarrona de Quintana Roo*. México: UIA (tesis de Licenciatura en Antropología Social).
- , 1982. *Quintana Roo: entre la selva y el mar*. México: SEP. (Col. Monografías Estatales).
- , 1987. “Bibliografía comentada del estado de Quintana Roo”. En: *Secuencia*, n. 9, septiembre-diciembre, pp. 42-80.
- , 1990. *Quintana Roo: una historia compartida*. México: Instituto Mora.

- _____, 1993. "Chan Santa Cruz: la religión como resistencia". En: *Del Caribe*, n. 21, p. 4-13.
- _____, 1995. "La contribución de Edward H. Thompson a la etnografía y a la historia regional". En: *Eslabones*, n. 9, enero-junio, p. 44-51.
- _____, 1996. "Prólogo". En: Napoleón Trebarra, *Los misterios de Chan Santa Cruz: historia verdadera con episodios de novela*. Chetumal: Norte Sur.
- _____, 1997a. "Mayas bravos y mayas pacíficos: reconfiguración de una cultura en el siglo XIX quintanarroense". En: *Memorias del III Congreso Internacional de Mayistas*. México: Centro de Estudios Mayas-UNAM.
- _____, 1997b. "Neutralidad y rebelión: Yucatán entre dos guerras, 1846-1849". En: Laura Herrera Serna, coord., *México en guerra, 1846-1848: perspectivas regionales* pp. 673-698. México: Museo Nacional de las Intervenciones.
- _____, 1998. *Hierofanía combatiente: lucha, simbolismo y religiosidad en la Guerra de Castas*. Chetumal: UQROO/Conacyt.
- _____, 2000. "Forjadores de identidad: los mayas y los estudiosos de la cultura maya en Quintana Roo". En: Eduardo Torres Maldonado, coord., *Diacrónica del Caribe mexicano: una historia de Quintana Roo y Cancún*, pp. 33-76. México: UAMA.
- _____, 2002. *Episodios de una entidad futura*. Cancún: Universidad del Caribe/Fundación Oasis.
- _____, 2005. "Punto de Encuentro de la Comunidad, A.C., Mexico". En: Maria de Bruyn, coord., *Reproductive rights for women affected by HIV/AIDS?: a project to monitor Millenium Development Goals 5 and 6*, s/p. Chapel Hills: Ipas Internacional/Ipas México.
- CAREAGA VILIESID, LORENA, SILVIA MAGALI CUADRA, RENÉ LEYVA FLORES, MARTA CABALLERO, CLAUDIA GUERRERO Y SAÚL BADILLO, 2005. «México, Chetumal, Quintana Roo». En: René Leyva, Marta Caballero y Mario Bronfman, eds., *Respuesta social ante la movilidad poblacional y el VIH/SIDA: experiencias en Centroamérica y México*, pp. 155-177. México: INSP.
- CAREAGA VILIESID, LORENA Y ANTONIO HIGUERA BONFIL, 2011. *Quintana Roo: historia breve* (2ª ed.). México: FCE/Colmex.
- HIGUERA BONFIL, ANTONIO, 1999. *A Dios las deudas y al alcalde las jaranas: religión y política en el Caribe mexicano*. Chetumal: UQROO/Conacyt.
- MACÍAS RICHARD, CARLOS, 1997. *Nueva frontera mexicana: milicia, burocracia y ocupación territorial en Quintana Roo*. Chetumal: UQROO/Conacyt.
- RAMOS DÍAZ, MARTÍN, 1997. *La diáspora de los letrados: poetas, clérigos y educadores en la frontera caribe de México*. Chetumal: UQROO/Conacyt.

REED, NELSON, 1977. *La Guerra de Castas de Yucatán*. México: Ediciones Era.

_____, 2001. *The Caste War of Yucatan*. Stanford: Stanford University.

VALLARTA VÉLEZ, LUZ DEL CARMEN, 2001. *Los payobispenses: identidad, población y cultura en la frontera México-Belice*. Chetumal: UQROO/Conacyt.

Lorena Careaga Viliesid

Universidad del Caribe

<lorena.careaga@gmail.com>

<lcareaga@ucaribe.edu.mx>

<<http://noticiasdeltropico-lorenzia3.blogspot.com>>



Entre investigaciones antropológicas “aplicadas” y evaluaciones

Soy antropóloga aplicada por elección, porque por el camino encontré que la profesión me permite contribuir a la resolución de problemas y a la atención de necesidades que aquejan a diferentes grupos y sectores de la población. Para mí, la antropología aplicada se vincula con la posibilidad de cumplir un compromiso personal.

El camino que elegí ha sido incidir en la toma de decisiones en empresas de la iniciativa privada y en ciertos ámbitos gubernamentales. Mis especialidades son la cultura organizacional, la salud sexual y reproductiva, la violencia familiar y el paludismo, principalmente en zonas rurales y con población indígena.

En 1994 creé Comincap, una empresa de consultoría, cuya finalidad era ser un apoyo en la venta de proyectos, a los que es más fácil acceder como directora de empresa que como antropóloga *freelance*. Sobre la marcha aprendí a crear una imagen que me diera una presencia de mayor peso en un mercado que desconoce las aportaciones de la antropología social.

Con el presente artículo mostraré dos puntos: primero, mi trayectoria laboral, que incluye formación, participación en investigaciones académicas y en docencia, así como los empleos y proyectos de consultoría que he llevado a cabo; segundo, abordaré las características de mi empresa de consultoría y la opción de trabajo actual.¹

¹ También he participado en congresos, seminarios, mesas redondas y talleres, ya sea como organizadora, ponente o ambos. A continuación, enlisto este tipo de participaciones: “México: de lo que somos surgirá el cambio”, ponencia presentada en la Semana Académica Siglo XXI: el Reto, Universidad

Formación

Soy egresada de la última generación de la Licenciatura en Antropología Social (1981 a 1984) de la Universidad Iberoamericana (UIA), en donde obtuve el diploma otorgado al mejor promedio de la generación. Entre 1990 y 1991, cursé los estudios de maestría de la misma universidad, sin haberme titulado de la licenciatura. En ambos periodos, me encontré con la insistente posición de los profesores de que “la antropología solamente hace ciencia, estudia los fenómenos sociales y jamás interviene para modificar la situación de los sujetos de estudio”. Sin embargo, siempre creí que es posible colaborar con los cambios que hacen falta en la sociedad.

Debo a la doctora Carmen Viqueira Landa, entonces profesora de la UIA, el interés en las relaciones sociales presentes en una fábrica. De ahí obtuve la pregunta que guió mi tesis de licenciatura (Vázquez Mellado 1986): ¿qué sucede dentro de una fábrica que contrata mano de obra campesina? A partir de este trabajo de investigación, también escribí un artículo (Vázquez Mellado 1991).

Mi formación formal –la obtenida en el aula– la centré en la antropología industrial, o cultura organizacional, la cual me ha nutrido fuertemente en la comprensión de la cultura de los tomadores de decisiones, lo que ha sido fundamental a la hora de vender proyectos y efectuar investigación aplicada que tenga como fin resolver problemas dentro de empresas, dependencias gubernamentales y centros de investigación. No obstante, las circunstancias, por llamarlo de algún modo, me

del Valle de México, octubre de 1998; “Antropología de los Negocios”, ponencia presentada en el taller Miradas Antropológicas, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS), Xalapa, Ver., octubre de 2001; “La Cibernética al Servicio de la Efectividad en la Atención Médica”, Academia Nacional de Medicina, julio de 2001; Conferencia Nacional de Búsqueda “La Antropología Aplicada en México: Balance y Perspectiva para Formación de Nuevos Profesionales”, Toluca, Estado de México, febrero de 2001; Congreso Internacional sobre Políticas Indígenas, Gobierno del Estado de México, Centro Ceremonial Otomí, Estado de México, octubre de 2004; “Resultados de la Evaluación del Modelo de Atención a la Salud Sexual y Reproductiva en Comunidades Indígenas”, ponencia presentada en la II Reunión Nacional del Programa de Planificación Familiar, Secretaría de Salud (Ssa), Ciudad de México, abril de 2005; “¿Por qué vale la pena ser antropólogo?”, ponencia presentada en la VIII Semana Cultural de Antropología Lente de la Cultura, Querétaro, Qro., octubre de 2005; “La ética desde la antropología aplicada a la consultoría”, ponencia presentada en el coloquio La otra antropología toma la palabra: el oficio de antropólogo en contextos extra-académicos, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa (UAMI), septiembre de 2005; curso (coordinadora y ponente) “Pueblos Indígenas y Derecho Penal”, Instituto Nacional de Ciencias Penales, octubre de 2005; “La comunidad y el personal: dos perspectivas del paludismo”, ponencia presentada dentro de la sesión de carteles del XI Congreso de Investigación en Salud Pública (INSP), Cuernavaca, Mor., marzo de 2005; “Interacción de las comunidades y programas de control”, ponencia presentada dentro de la mesa redonda “Factores Determinantes en la endemidad de las Enfermedades Transmitidas por Vector” del XII Congreso de Investigación en Salud Pública, INSP, Cuernavaca, Mor., marzo de 2007.

llevaron a elaborar proyectos de salud con población rural, principalmente indígena, en donde actualmente cuento con más experiencia. Asimismo, para mejorar los resultados de los programas de salud, he incorporado a estos proyectos el análisis de la cultura organizacional del personal operativo que ofrece servicios a la población.

La academia y la docencia

En mi trayectoria profesional, he sido parte de tres proyectos académicos: el primero, denominado “El Desarrollo Tecnológico en la Industria Química Nacional” (1983),² en el que fungí como asistente de investigación de la doctora Marisol Pérez Lizaur; el segundo, de 1994 a 1995, titulado “Cultura organizacional en la industria de autopartes”,³ donde fui investigadora, al lado de la doctora Carmen Bueno Castellanos. De este trabajo surgió un artículo que contó con mi colaboración (Bueno Castellanos y otros 1996). Finalmente, de 1996 a 1997, participé en el proyecto “Enseñanza de la técnica del auto examen del seno en Cuernavaca, Mor.”, a cargo de la maestra Doris Ortega Altamirano, del INSP.⁴

En 1989, fui docente en la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH), donde impartí la asignatura “Antropología General” a alumnos de la carrera de arqueología. En la UIA hice lo propio en dos periodos: en 1985, con la asignatura “Sociología y Antropología Social en México”, para estudiantes de la carrera de comunicación, y de 1989 a 1994, con la materia “Antropología Industrial”, para alumnos de administración de empresas y relaciones industriales. En la Universidad del Valle de México, también fui profesora (1997-1998) de las asignaturas “Espíritu Empresarial”, “Creatividad” y “Prospectiva” dirigidas alumnos de las licenciaturas en administración de empresas, sistemas y derecho.

Cabe mencionar que en el año 2001 diseñé un taller teórico-práctico, para responder a la solicitud de alumnos de la Licenciatura en Antropología Social de la Universidad Autónoma del Estado de México (UAEMex) para aprender a hacer consultoría, llamado “La Antropología Social desde la Consultoría”. Lo impartí la primera vez con apoyo de la Facultad de Antropología de la UAEMex y, posteriormente, asociada con alumnos de esa misma institución que organizaron un segundo

² Financiado por Consejo Nacional para la Ciencia y la Tecnología (Conacyt) y el Centro para la Innovación Tecnológica (CIT) de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).

³ Financiado por la Japan Foundation y el Conacyt en colaboración con el CIT-UNAM y el CIESAS.

⁴ Financiado por el Conacyt.

taller de manera independiente. Un año después, repetí la experiencia con egresados de la ENAH. En los dos últimos casos los alumnos y egresados obtuvieron el 45% de los ingresos.

Durante cuatro años, dentro del periodo 2003 a 2007, fui profesora invitada en el curso de verano “Enfoques Ecosistémicos en Salud Humana: enfermedades transmitidas por vectores y contaminación ambiental”, organizado por el INSP y el International Development Research Centre (IDRC) de Canadá, al que asistieron alumnos procedentes de Latinoamérica. El taller buscaba la transdisciplina. Mi responsabilidad fue presentar, desde una perspectiva social, a médicos y biólogos, en su mayoría, cómo las comunidades rurales generan participación comunitaria y la manera de apoyar proyectos operativos a través de ésta. En 2007, fui invitada a colaborar, también por el INSP, como profesora en el taller para entomólogos “La enfermedad de Chagas y los triatominos”, y por el Centro Universitario para el Desarrollo Docente de la Universidad Autónoma de Chihuahua en el curso “El Desarrollo Social Sostenible y las Metodologías Participativas”.

En el 2009, impartí la materia “Métodos Cualitativos” a alumnos de la Maestría en Salud Pública (modalidad de educación a distancia) del INSP, y en el taller de “Consejería en actividad física y alimentación, anticoncepción, diabetes *mellitus*, hipertensión arterial y prevención de adicciones” dirigido a coordinadores médicos del Instituto de Salud del Estado de México, en conjunto con el INSP.

La docencia ha sido, además de un placer, una estrategia económica de apoyo y de actualización de conocimientos.

Empleos

He sido empleada en cuatro ocasiones. En 1998, como coordinadora del Centro de Información y Documentación (CID) de la Dirección General de Culturas Populares (DGCP). De 1998 a 1999, como miembro del equipo de asesores del maestro Sergio Raúl Arroyo, secretario técnico del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH). De 1999 al 2000, fui gerente de desarrollo organizacional en la empresa de consultoría Team Resources México. En este lugar, obtuve un gran aprendizaje sobre estrategias de mercadotecnia, además de un gran conocimiento sobre la manera en cómo actúan las áreas de recursos humanos de empresas, principalmente transnacionales, al realizar entrevistas a aquellas consultorías que ofrecen servicios en materia de desarrollo organizacional y capacitación. En el INSP fui coordinadora de la Comunidad de Práctica

con Enfoque Ecosistémico para la Eliminación de Tóxicos y Enfermedades Transmitidas por Vectores del Nodo México, financiada por el IDRC. Desempeñé este puesto durante seis meses en 2007. Mi trabajo consistió en conformar la comunidad académica mexicana con investigadores a nivel nacional que fueran expertos en las temáticas antes mencionadas.

Fue sumamente interesante estar en el INSP, pues pude percatarme de la necesidad de asesoría externa (consultoría) que requieren los investigadores de este tipo de instituciones para llevar a cabo sus proyectos. Más adelante ilustraré con dos ejemplos esta situación.⁵

La búsqueda de empleo, con excepción del trabajo como gerente en Team Resources, respondió a la necesidad de encontrar alternativas económicas, debido a la falta de proyectos propios.

Proyectos

Durante mi experiencia profesional, he participado en 30 proyectos de antropología aplicada, los cuales presento aquí de acuerdo con dos criterios: mi forma de participación y el tipo de proyecto en relación con temas y objetivos.

Respecto a la primera cuestión, he sido directora de 19 y en otros diez me desempeñé como consultora. La diferencia radica en el tamaño de los proyectos, los cuáles demandaron la contratación de uno o más profesionales, con un nivel de responsabilidad mayor, que requerían ser “dirigidos”. Por otro lado, hubo cinco proyectos pequeños que pude hacer sin contar con apoyo, y otros seis en los que participé como consultora dentro de un equipo y en los que mis servicios se contrataron de manera independiente.

⁵ Estos son “Autotoma vaginal en casa para identificación de ADN de VPH: fundamentos para la estrategia de atención a mujeres indígenas” y “Evaluación del Programa Sistema para la Administración, Logística y Vigilancia de Medicamentos Antiretrovirales del Centro Nacional para la Prevención y el Control del VIH/Sida: Percepción de la Eficiencia”.

**PROYECTOS DE ANTROPOLOGÍA APLICADA
(POR TEMA Y FORMA DE PARTICIPACIÓN)**

Tema	Consultora	Directora
Salud	3	7
Cultura organizacional	7	3
Evaluación de programas		6
Evaluación de impacto social		3
Otro	1	
	11	19

Sobre el segundo criterio de clasificación, es decir, los temas y los objetivos de los proyectos, quiero establecer, a su vez, dos categorías: investigación aplicada y evaluaciones.

Investigación aplicada

Los resultados de este tipo de proyectos están dirigidos a cumplir objetivos establecidos por el cliente, quien siempre es un tomador de decisiones que busca resolver algún problema de índole social, sentar las bases para decidir o brindar elementos que sustenten un programa gubernamental. Los clientes pueden ser ejecutivos de empresas o funcionarios públicos. Los temas de este tipo de proyectos en los que he participado son salud y cultura organizacional.

Mi incursión en el área de salud comenzó con el inicio de Comincap. El primer proyecto, en 1995, marcó un giro en mi trayectoria laboral. Consistió en una investigación para sentar las bases de un programa de salud adecuado culturalmente para población indígena. Diez años después dirigí la evaluación del mismo programa. Posteriormente, en 2006, junto con el equipo de antropólogos que contraté, diseñé una nueva versión de una estrategia de salud sexual y reproductiva y violencia familiar para pueblos indígenas.

De modo similar sucedió con el proyecto sobre paludismo. En 2001 fui contratada como consultora por el INSP para cubrir los aspectos sociales de una investigación, subsidiada por el IDRC, que consideraba una fase en las costas de Oaxaca. Los resultados plantearon la necesidad de conocer la influencia del personal del programa gubernamental sobre la actitud de la población hacia la enfermedad, así como el diseño de una propuesta para conseguir la colaboración en una nueva estrategia de prevención. Un año después me solicitaron de nuevo este

proyecto. En 2003, lo repliqué, junto con un equipo de antropólogas, en zonas endémicas de otros tres estados del país.

Durante mi estancia como empleada en el INSP, el director de otro centro de investigación de esa misma institución me solicitó la elaboración de una estrategia para ofrecer a mujeres indígenas una nueva forma de diagnóstico del virus de papiloma humano (VPH), mediante una autotoma vaginal que detecta el ADN del virus. Dirigí el proyecto; sin embargo, el Instituto se encargó de los aspectos administrativos, entre otros el manejo de las contrataciones de las participantes en el equipo y los gastos.

A continuación, presento los proyectos de investigación aplicada en salud:

Periodo	Tipo de participación	Nombre del proyecto	Cliente
1994-1995	Directora	Salud Reproductiva en Población Indígena*	Ssa
1996	Consultora	Salud Reproductiva en Adolescentes	IMSS
2001	Consultora	Investigación socioeconómica y antropológica del paludismo en comunidades endémicas del estado de Oaxaca	INSP
2002	Directora	El programa y la comunidad: dos visiones del paludismo en el estado de Oaxaca	INSP
2003-2004	Directora	Determinantes ecológicos, sociodemográficos y culturales de la transmisión y la participación comunitaria en el control del paludismo en los focos hiperendémicos de la Costa del Océano Pacífico	INSP
2006	Directora	Diseño de la Estrategia de Atención Integral e Intercultural para Pueblos Indígenas en los Programas de Salud Sexual y Reproductiva y Violencia Familiar	Ssa
2007	Directora	Autotoma vaginal en casa para identificación de ADN de VPH: fundamentos para la estrategia de atención a mujeres indígenas	INSP Ssa
2007-2008	Directora	Estrategia de Atención Integral e Intercultural en Salud Reproductiva y Violencia Familiar en Nueve Comunidades Indígenas de Municipios de Alta Marginación (prueba piloto)	Ssa

* Proyecto pionero en el país con grupos focales en el tema, con población indígena.

En cuanto a proyectos de cultura organizacional, en 1991 vendí el primero como consultora. En ese momento ni siquiera sabía que existía tal ejercicio profesional ni lo que era la antropología aplicada. Solamente veía la emocionante posibilidad de corroborar mi creencia de que la antropología sirve para resolver problemas; por ejemplo, el origen del alto ausentismo laboral de una planta de sacos de cemento. Fue mi gran fracaso: estaba segura y convencida de la confiabilidad de los resultados de la investigación, pero no supe plantearlos y eso reforzó los conflictos que ya existían entre el área de recursos humanos y el área técnica. Me molestó, pero reconocí que había que aprender a “decir la verdad”. Lejos de desanimarme, lo consideré un reto, pues en ese momento me percaté de la necesidad de manejar los códigos de la organización y, sobre todo, de considerar las relaciones de poder durante todo el desarrollo de un proyecto –desde la venta hasta la entrega final– para lograr el reconocimiento y obtener apoyo en la implementación de cambios significativos en la organización y, principalmente, en la actitud de los tomadores de decisiones. Con esta primera experiencia, entendí la necesidad de utilizar un lenguaje distinto, y comencé a cambiar los términos teóricos aprendidos en aula.

Además de este proyecto sobre cultura organizacional, he realizado otros nueve: dos fueron para asistir en la integración del personal de empresas en proceso de fusión y sensibilizar a los ejecutivos con respecto a ciertos rasgos predominantes de la cultura de los trabajadores recién incorporados, con el fin de mitigar el impacto que suele acompañar a estos procesos. En el caso de cinco proyectos, los directivos requerían una mayor comprensión del comportamiento del personal para resolver problemas específicos que, por lo general, involucraban una visión etnocéntrica de los tomadores de decisiones, lo que les dificultaba contar con elementos sólidos para decidir. En todos, las técnicas de investigación que utilicé regularmente fueron la observación –en su modalidad participante cuando era posible– y la entrevista. Por lo general, a los clientes les parece atractiva y convincente la idea de que los investigadores convivamos con el personal en su ambiente de trabajo, en el día a día. En algunos casos, cuando el número de personal excedió las mil personas, recurrí a la aplicación de encuestas.

Periodo	Tipo de participación	Nombre del proyecto	Cliente
1991	Consultora	Diagnóstico de Cultura Organizacional	Grupo Apasco
1994	Directora	Diagnóstico del Sistema de Referencia y Contrarreferencia	Ssa
1999	Consultora	Diagnóstico de Cultura Organizacional (Fusión)	Swiss Re
2000	Directora	Imagen de Médica Sur ante los Médicos	Médica Sur
2001	Consultora	Estudio de Clima Laboral	FCB Worlwide
2001	Consultora Venta Diseño	Taller “Aprendiendo a crear alternativas de autoempleo” para obreros despedidos de DaimlerChrysler	EC (otra empresa de consultoría)
2002	Directora	Cultura Organizacional	Dirección de Atención a Enfermedades Transmitidas por Vector-Ssa
2005	Consultora	Diagnóstico de cultura organizacional de un centro de investigación	INSP
2006	Consultora Investigación documental	La Relación entre Investigación y Política en la Construcción de la Estrategia de Control Integrado del Paludismo Sin Uso de Plaguicidas en México	IDRC
2009	Consultora	Estudio de Clima Laboral	CRIC

Evaluación de programas y de su impacto social

Primero hablaré de la evaluación de programas de carácter gubernamental. En México, por ley, se obliga a las dependencias a conocer los objetivos logrados y el cumplimiento de la normatividad. Este tipo de proyectos –los gubernamentales– implica muchos retos, sobre todo porque suelen aplicarse a nivel nacional, lo que hace necesario un equipo de evaluadores que trabaje simultáneamente. Por este motivo, es imprescindible la capacitación para la comprensión tanto de los objetivos de la evaluación, el análisis del proyecto o programa, como de los acuerdos sobre la metodología de campo, la elaboración de reportes y, sobre todo, las fechas de entrega. Por lo general, para las evaluaciones es necesario utilizar técnicas cualitativas (observación y

entrevista) y cuantitativas (encuesta). Existen evaluaciones más sencillas, sin grandes complicaciones, como en el caso del material didáctico para auxiliares de salud.

Cabe señalar que el doctor Salomón Nahmad Sittón me invitó a colaborar con él, como coordinadora regional, junto con el doctor Mariano Baez Landa, del CIESAS, en la evaluación de la operación de cuatro programas del Instituto Nacional Indigenista (INI) y la Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas (CDI), en 2003 y 2004, trabajo que realicé para el CIESAS. Del doctor Nahmad Sittón aprendí a coordinar proyectos nacionales de evaluación; para él mi agradecimiento y todo el reconocimiento como antropólogo comprometido con los pueblos originarios.

También existe la evaluación de programas piloto que requieren la verificación de su operación en campo, revisión de los fundamentos teóricos, así como propuestas para su replanteamiento que puedan funcionar a nivel nacional y dar sustento a la elaboración de políticas nacionales. En este caso, Comincap evaluó la primera propuesta de programa de salud sexual y reproductiva para pueblos indígenas y el modelo de Casas de la Salud para Mujeres Indígenas, ambos de la Secretaría de Salud.

Periodo	Tipo de participación	Nombre del proyecto	Cliente
1993-1994	Consultora	Validación de Material Didáctico destinado a Auxiliares de Salud	Ssa
2002	.	Evaluación Social del Instituto de Seguridad Social al Servicio de los Trabajadores del Estado (ISSSTE)	Banco Mundial
2003	Coordinadora Regional	Evaluación de los Programas Bienestar Social, Albergues y Capacitación del INI (2002)	CIESAS
2004	Coordinadora Regional	Evaluación de los Programas Bienestar Social, Albergues y Capacitación del CDI (2003)	CIESAS
2004	Directora	Evaluación del Programa de Salud Sexual y Reproductiva para Comunidades Indígenas	Ssa
2006		Evaluación del Modelo Casas de la Salud para Mujeres Indígenas	CDI
2007		Evaluación del Programa Sistema para la Administración, Logística y Vigilancia de Medicamentos Antirretrovirales. Percepción de la Eficiencia	INSP/ Censida

En cuanto a la evaluación de impacto social, he realizado proyectos en los que el cliente solicita información sobre cómo va a responder la población ante una obra pública. Estos proyectos tienen un componente importante de predicción, por lo que es necesario identificar cuál ha sido la respuesta social en casos similares.

En 1996 dirigí el “Estudio de Impacto Social del Proyecto: Análisis de Factibilidad Técnica y Estudios Sísmicos en Poza Rica, Papanltla y Coatzintla y Tihuatlán, Ver.”, una de las evaluaciones más complejas en las que he participado. Este estudio fue solicitado por Petróleos Mexicanos (Pemex) a una empresa de exploración, la que a su vez pidió apoyo a otra consultoría. Ésta no tenía experiencia en el tema por lo que contrató a Comincap. La única condición fue que nos presentáramos con su nombre ante la empresa de exploración.

También participé en el estudio de impacto social de la operación del actual metrobús de la Ciudad de México, particularmente de la línea que circula a lo largo de la avenida Insurgentes. Comincap fue contratada por la empresa que hizo el diseño. El proyecto fue financiado por el Banco Mundial.

Periodo	Tipo de participación	Nombre del proyecto	Cliente
1993	Directora	Imagen de Cementos Apasco en el Municipio de Guerrero	Grupo Apasco
1996		Estudio de Impacto Social del Proyecto: Análisis de Factibilidad Técnica y Estudios Sísmicos en Poza Rica, Papanltla y Coatzintla y Tihuatlán, Ver.	Pemex
2004		Evaluación del Impacto Social del Corredor Insurgentes (Metrobus)	Felipe Ochoa y Asociados/ Gobierno del Distrito Federal (financiado por el Banco Mundial)

Comincap

Comincap es una empresa de consultoría, una sociedad civil, que creé en 1994 como estrategia de venta de proyectos. En términos generales, ha dotado de credibilidad a la antropología social ante empresas de la iniciativa privada, dependencias del sector público, tomadores

de decisiones, personal operativo, población indígena y académicos pertenecientes a otras disciplinas. También ha desarrollado capacidades en antropólogos sociales, etnólogos, antropólogos físicos, sociólogos y comunicólogos que han colaborado en los proyectos y que, en su mayoría, desconocían el trabajo de consultoría. Pero lo más importante es que Comincap ha hecho aportaciones para la solución de problemas sociales. Con esto me he demostrado a mí misma que mi hipótesis es cierta: la antropología social puede incidir en el mejoramiento de la sociedad; es decir, la antropología social puede servir, en toda la extensión de la palabra.

Estos años han sido muy satisfactorios personal y profesionalmente. Cada proyecto ha sido una gran escuela. Con cada uno he aprendido algo nuevo; por ejemplo, atender responsabilidades fiscales, principalmente la selección, contratación y supervisión de un "buen" contador público; implementar nuevas estrategias de negociación; desarrollar estrategias metodológicas más eficientes para la obtención de información; crear formas más claras para la presentación de resultados; comprender y administrar las relaciones de poder dentro de las instituciones, etcétera. Cada aprendizaje ha sido costoso. En algunas ocasiones, he pagado mis errores con mucho dinero; en otras, con la pérdida de proyectos; en unas más, con problemas laborales con colaboradores; y en una minoría, he perdido mi credibilidad y la confianza de mis clientes. Pero el precio más alto ha sido el cansancio y la desilusión.

Mi gran sueño era lograr que Comincap creciera y tuviera proyectos permanentes, que contara con una posición financiera que permitiera la contratación de un equipo de trabajo, la implementación de un área de generación de propuestas teóricas y metodológicas para apoyar la labor de antropología aplicada, y los recursos suficientes para la asistencia a congresos para nutrir la práctica. Sin embargo, ese sueño no ha sido posible. Durante la vida de Comicap ha sido necesario suspender las actividades varias veces. Sustener la consultoría ha sido muy difícil, complicado y desgastante.

En el año 2000, pude percatarme de que el mercado no tardaría en solicitar estudios sociales. Me atreví a predecir que habría empleo para todos aquellos profesionales de las ciencias sociales que no habían podido acceder a una plaza académica. La consultoría se convertiría en "la" opción laboral. No obstante, jamás imaginé que la élite académica del país acapararía esta otra posibilidad de empleo de la gran mayoría de antropólogos que no tiene la posibilidad de acceder a una plaza. Alberto García Espejel (2001) ya lo había mencionado con anterioridad.

Desde hace ya más de diez años, el sector público privilegia a instituciones académicas concediéndoles proyectos por encima de empresas independientes, sin permitirnos competir. Les asigna recursos sin un verdadero análisis de costos, asumiendo que la institución subsidiará los gastos fijos y que los investigadores subcontratarán a sus alumnos o echarán mano de prestadores de servicio social. No se considera la capacidad del investigador para la ejecución de los proyectos; es suficiente con que tenga un doctorado. A esta forma de hacer las cosas se le puede llamar, cortésmente, competencia desleal.

Ante este panorama, decidí dormir a Comincap. Reconozco que no es el único motivo, pero en su momento fue el más importante. Desde 2006, la consultoría ha estado dormida. Los proyectos posteriores a ese año los realicé a través de una institución académica en donde me hicieron el “favor” de permitirme efectuar mi última investigación, la cual salió a nombre de un profesor-investigador (con doctorado) que accedió a que yo la dirigiera. Con dificultades hubo un espacio físico para el equipo de trabajo. Por supuesto, pagué el *overhead* a la institución, así como el aprendizaje de vérmelas con una administración que desconocía los requerimientos de un proyecto de consultoría, de ahí que éste debió adecuarse a las normas administrativas y no al revés. Por otro lado, mi presencia ante el cliente disminuyó porque ya no era la directora de la empresa, sino solamente una antropóloga sin plaza ni doctorado. El proyecto salió honrosamente a flote por el excelente trabajo del personal de campo que estuvo en las comunidades. Los resultados estuvieron fuertemente sustentados, sistemáticamente documentados y mantuvieron la dignidad con la que fueron diseñados, pero el precio emocional fue el más alto que he pagado por un proyecto.

Tengo entendido que en los últimos años han surgido algunas empresas de consultoría similares a Comincap. Desconozco sus objetivos y su situación. Por mi parte, considero que Comincap cumplió con un ciclo de vida. Está ahí por si surge algún proyecto, pero yo me niego a apostarle más tiempo, trabajo y esfuerzos. En su momento creí que el trabajo de consultoría era una posibilidad de empleo para la gran mayoría de egresados de las ciencias sociales que no podrá acceder a la academia; que podía ser una plataforma para impulsar a la antropología aplicada; que funcionaría como un apoyo para antropólogos comprometidos que aman su profesión y que realmente están interesados en servir dignamente.

Aún veo oportunidades para trabajar en la iniciativa privada, en empresas que aprecian el apoyo de la antropología industrial. No obstante, veo casi imposible incidir en políticas públicas a través de

empresas de consultoría debido a los lineamientos gubernamentales que privilegian a instituciones académicas.

Amo la antropología. Me siento satisfecha con ser antropóloga, y quiero seguir siéndolo. La antropología cambió mi manera de comprender al mundo; me mostró que los seres humanos no somos superiores ni inferiores, sino solamente diferentes, y que mostrar esto a otros ¡bien vale la pena!

Mi opción actual

Estoy por ingresar a un empleo en una dependencia gubernamental. Me han contratado como especialista social en un proyecto para población indígena, financiado por el Banco Mundial, el Global Environmental Facility (GEF), y los gobiernos estatal y federal. Para mí son nuevos retos, nuevas trincheras, nuevas formas en donde puedo ser antropóloga para poder servir.

Bibliografía citada:

- BUENO CASTELLANOS, CARMEN Y OTROS, 1996. "Relaciones estratégicas comprador-abastecedor en la industria automotriz: una comparación entre México y Japón". En: Jordi Michel, coord., *Japan Inc. en México: las empresas y modelos laborales japoneses*. México: UAMA/Porrúa/Ucol.
- GARCÍA ESPEJEL, ALBERTO, 2001. "Antropología a la mexicana". Ponencia presentada en el *Encuentro sobre antropología aplicada*, Puebla, Pue., octubre.
- VÁZQUEZ MELLADO, ROSA MARÍA, 1986. *La fábrica se va al campo: "En donde antes se daban maizales, ahora producimos cigüeñales"*. México: UIA (tesis de Licenciatura en Antropología Social).
- , 1991. "...Los trabajadores sabemos lo que tenemos que hacer...". En: *Nueva Antropología*, v. XI, n. 40, noviembre, pp. 37-53.

Rosa María Vázquez-Mellado Castellanos
<laguzceltic@yahoo.com>



Proyectos aplicados sobre género, familia y administración pública: incursiones iniciales en el estado de Campeche

Introducción

Es más fácil hablar de los demás que de uno mismo. Sin embargo, esto no se trata de promover “el chisme” o el cotilleo simple de la vida de los otros. Más bien, quienes nos formamos como antropólogos sociales recordamos aquellas primeras clases de cada semestre donde se nos enseñaba que la realidad debe ser observada, documentada y analizada desde un rigor científico y metodológico, con una técnica apropiada y respetando el pensamiento y el actuar de quienes, al mismo tiempo, son diferentes e iguales: los seres humanos.

Recuerdo el dibujo de aquel prisma, ejemplo del análisis de la realidad, en el que la antropología sólo es un color; no obstante, sin ella no podríamos comprender el comportamiento y las motivaciones humanas. La interdisciplinariedad le permite a la antropología existir y viceversa.

El presente artículo tiene el propósito de describir, de forma breve, mi trayectoria profesional que, si bien no es de muchos años, sí es rica en experiencias en cuanto al trabajo en diversas instituciones, lo que remarca la importancia de la antropología como una ciencia posee un método para comprender la diversidad.

Datos básicos

Soy originaria de la ciudad de Campeche y tengo 32 años. En el tercer año de preparatoria me interesé en estudiar antropología esquelética, ya que en la especialidad de humanidades cursé la materia de antropología. En esa época (entre 1999 y 2000), sabía que en Puebla existía la Licenciatura en Antropología Esquelética, pero a mi padre no le pareció la idea de que me fuera hasta ahí a estudiar y me dijo que averiguara si había en Mérida.

A pesar de la cercanía con Campeche, me topé con la sorpresa de que la Universidad Autónoma de Yucatán (UADY) ofrecía la Licenciatura en Ciencias Antropológicas, por lo que investigué los requisitos, fechas de exámenes y dediqué más de cuatro horas diarias, durante tres semanas, al estudio de los contenidos del temario. Esto me llevó

a tener éxito y aprobar en la primera oportunidad los tres exámenes que, en ese entonces, se realizaban.¹

El primer año de la licenciatura estaba constituido por asignaturas de tronco común, por lo que cursé materias de lingüística, semiótica, arqueología, historia y, por supuesto, antropología y teorías de la cultura. Al ver mi dificultad para aprender los periodos, fechas y las técnicas de la arqueología, abandoné la idea de la antropología esquelética y opté por la antropología social.

Tres años duró la especialidad en antropología social, en la que en el segundo año (el tercero de la carrera) tuve que definir mi tema de tesis. Al principio, me interesé por la antropología urbana, pero al final, con las lecturas constantes y las pláticas con diversos profesores, me decanté por los estudios de género.

Dos años después de graduarme concluí la tesis de licenciatura que lleva por título *Transgrediendo al género: violencia en la pareja y familia*. El trabajo tiene el objetivo de mostrar cómo las mujeres, aun desconociendo las políticas públicas, logran romper con las relaciones violentas a través del apoyo familiar.

Gracias a esta tesis conocí a la maestra Leticia Janet Paredes Guerrero, quien fue mi asesora y trabaja, desde hace algunos años, con el grupo de investigaciones sobre género en la Unidad de Ciencias Sociales (UCS) del Centro de Investigaciones Regionales “Dr. Hideyo Noguchi” (CIR) de la UADY. Además, fue quien me dio mi primer empleo, en la vida y como antropóloga, a mis 24 años. Éste consistió en recorrer el estado de Yucatán con el fin de recabar información para dos proyectos, el primero titulado “Participación Política de la Mujer Yucateca”; el segundo, “Catalogación del Patrimonio Arquitectónico Hacendístico de Yucatán”, que a su vez resultaría en propuesta para una Declaratoria de Sitios Patrimoniales, proyecto de la Facultad de Arquitectura y la UCS (ambos de la UADY).

En seis meses de trabajo de campo recorrimos, mi colega Rolando Magaña Canul y yo, 53 municipios del estado de Yucatán. Realizamos encuestas, entrevistas, tomamos fotografías, buscamos cascos de haciendas, y yo manejé (porque mi compañero no sabía) de seis a 12 horas diarias en la primera etapa de los proyectos.

Al concluir mi tesis y titularme, tuve que regresar a Campeche, donde encontré trabajo como docente de las materias de Sociología y

¹ Pocas personas que presentaban por primera vez los exámenes de admisión obtenían un lugar en la Facultad de Ciencias Antropológicas de la UADY. Además, por ser de Campeche tendría un mínimo de probabilidades de entrar.

Redacción, en la Universidad Interamericana para el Desarrollo. Trabajo al que, sin ninguna culpa, renuncié para cursar una especialidad en género en España.

En 2006, la Fundación Pablo García, del estado de Campeche, me otorgó una beca para estudiar el Máster en Igualdad de Género: Agentes y Políticas Públicas, en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense de Madrid.

Pasado un año, regresé a Campeche, y por mi especialidad y formación me fue difícil encontrar un empleo, por lo que tuve que ofrecer mis servicios como ayudante de investigación a la doctora María Consuelo Sánchez, titular de la Coordinación de Estudios de Género del Centro de Investigaciones Históricas y Sociales de la Universidad Autónoma de Campeche (Uacam). Ahí fui apoyo en la realización de las estadísticas con enfoque de género de la plantilla profesional de la Uacam.

Entre diciembre de 2007 y los primeros meses de 2008, gracias a la doctora María Consuelo Sánchez, el doctor Jorge Benítez Torres me propuso trabajar en el área socioeconómica del proyecto de investigación SIG-CAN (Sistemas de Información Geográfica en la Cuenca del Río Candelaria), del Instituto de Ecología, Pesquerías y Oceanografía del Golfo de México (Epomex) de la Universidad Autónoma de Campeche. Me trasladé al municipio de Candelaria, Campeche, para realizar trabajo de campo en las comunidades de San Manuel Nuevo Canutillo, El Desengaño, La Paz y otras cinco más de las que no recuerdo los nombres.

Ese proyecto fue algo novedoso para mí. Campeche es uno de los estados menos poblados del país. En los años 60 del siglo pasado, Candelaria era un territorio muy rico en vegetación y recursos naturales, pero muy poco explotado, por lo que por decreto presidencial se decidió que el territorio debía ser poblado, y se inició un periodo de colonización con personas del centro y norte del país que ya no tenían tierras en sus lugares de origen. Por esta razón, en Candelaria podemos encontrar poblaciones llamadas Estado de México, Nuevo Coahuila, entre otras, que evocan a las regiones de donde provinieron los primeros pobladores.

También, Candelaria ha sido refugio para indígenas guatemaltecos que salieron huyendo de las guerrillas. Por otro lado, podemos encontrar indígenas originarios de Chiapas que se tuvieron que desplazar a causa de la explosión del Chichonal, así como gente de Tabasco, Veracruz y muchos otros estados del país. Esta diversidad de pobladores implica también varias formas de explotar la tierra, además de plantas y animales de otras regiones que los pobladores trajeron consigo, lo

que ha generado cambios en la vegetación del territorio de Candelaria y su río, el cual es una extensión del Grijalva y llega hasta Guatemala. Todo esto impacta de forma agresiva.

En ese trabajo, me correspondió investigar si existían migraciones y comunidades de reciente formación (de uno a cinco años), además de observar cómo los cambios climáticos y la exposición a diferentes culturas modificaron los estilos de vida de la gente.

Al finalizar mi participación en el proyecto SIG-CAN, la doctora Consuelo Sánchez me invitó a participar en el “Seminario Transversalidad de Género”, para el Instituto de la Mujer del Estado de Campeche (IMEC) y la administración pública, y en el proyecto “Participación Femenina en Oficios no Convencionales de la Ciudad de San Francisco de Campeche”, ambos realizados en coordinación con El Colegio de la Frontera Sur (Ecosur) y bajo el auspicio del Instituto Nacional de las Mujeres (Inmujeres) y el Programa de Apoyo a las Instancias de Mujeres (Paimef), en conjunto con el IMEC.

En esos proyectos, nos dedicamos las doctoras María Consuelo Sánchez y Dolores Molina, la maestra Eli Chablé y yo a la organización de los seminarios, la logística, la elaboración de bases de datos, la organización de los temas, la contratación de personal temporal, las fotografías, entrevistas, análisis de datos y presentación de los proyectos, en el año 2008.

Al término de estos compromisos, quedé desempleada por seis meses, durante el 2009, para ser de nuevo contratada como profesional independiente por el IMEC para realizar las memorias IMEC-Paimef. Mi labor consistió en reunir el material necesario, entrevistas e información fotográfica y hemerográfica del trabajo que el IMEC realizó con fondos del programa federal Paimef.

En mayo del 2010, entré a trabajar como docente a la Universidad Interamericana del Norte impartiendo las materias de Antropología, Sociología, Redacción, Comunicación, Historia del Arte y Semiótica, en planes cuatrimestrales, durante un año.

Al mismo tiempo, inicié la Maestría en Administración de Negocios en la Universidad Interamericana para el Desarrollo. Ahí me di cuenta de la utilidad práctica de la antropología en la administración y la mercadotecnia, ya que las empresas utilizan el trabajo de campo, las entrevistas, los *focus group*, el análisis del consumo y la influencia de la cultura, entre otros temas, para desarrollar políticas y estrategias de mercado.

En 2010, brindé servicios como facilitadora en el programa de Jóvenes Emprendedores de la Secretaría de Economía y el Instituto

Politécnico Nacional (IPN), Campus Campeche. Este programa servía para enseñar a realizar un plan de negocios a personas que contaban con un proyecto empresarial. En este trabajo, la antropología me ayudó a explicar la forma en cómo nos podemos acercar a los gustos y estilos de vida de las personas para lograr ofrecer un producto que contemple las necesidades del mercado.

Dos meses después de concluir mi trabajo como docente, ingresé al Sistema Estatal para el Desarrollo Integral de la Familia (SEDIF) de Campeche para llevar a cabo el proyecto de la remodelación de la Clínica de Psicoterapia de Familia, el cual debía ser concursado ante la Secretaría de Hacienda y Crédito Público (SHCP). Al llegar a la clínica, me percaté de que había dos proyectos desarrollados con anterioridad, pero en ninguno se recopilaban y analizaban los datos que generaba la propia clínica, es decir, el número de pacientes que recibe, el número de pacientes que atiende y cuántos concluyen con éxito el tratamiento psicoterapéutico. Durante ocho meses de trabajo, logré realizar una base de datos que focalizaba por colonia, sexo, edad y problemática, la atención de la clínica. Además, realicé proyecciones sobre el número de pacientes que se tendrían por año durante los siguientes 30 años.

En febrero de 2012, la Directora General del SEDIF-Campeche me llamó para trabajar en un proyecto para encontrar patrocinadores para los programas que maneja el Sistema. Mi labor consistió en realizar el análisis FODA de todo el DIF estatal. Siendo una técnica de la administración, considero que el análisis FODA es una herramienta que tiene mucho de antropología y que debe ser usada en la disciplina por su utilidad práctica. Este tipo de análisis trata de delimitar las Fortalezas, Oportunidades, Debilidades y Amenazas de una organización, en una matriz. Esto tiene que ser objetivo porque se hace en equipo, y ayuda a que éste se dé cuenta de lo que tiene y visualice una forma de resolver los problemas con sus propios recursos. La antropología es parecida: nosotros como científicos sociales observamos y documentamos la situación de una comunidad o un grupo, efectuamos un análisis y, en algunos casos, formulamos propuestas de solución para contrarrestar sus amenazas y disminuir sus debilidades, pero es la comunidad la que, a fin de cuentas, debe tomar las decisiones.

En 2012, logré concluir la Maestría en Administración de Negocios a través de un seminario de titulación denominado “Capacitación de Recursos Humanos”.

Continué trabajando para la Dirección General del SEDIF-Campeche. Mi formación como antropóloga me permite comprender textos, hacer

recomendaciones sobre cómo analizar el impacto de los proyectos y programas, hasta redactar discursos.

Como antropóloga, considero que trabajar en un DIF es interesante, porque es un ámbito en el que se aplican políticas públicas y se puede observar la dinámica social, ya que al ser una institución de asistencia social acude una gran diversidad de personas a solicitar atención.

Es difícil, porque en el SEDIF-Campeche no hay ningún otro antropólogo más, y en la ciudad hay muy pocos. Por ello, lo que sí hay es una labor de “picar piedra”, de confrontación y defensa del quehacer de la antropología frente a disciplinas como la comunicación social, la psicología y el trabajo social.

Actualmente, estoy decidiendo en dónde voy a continuar mis estudios (quiero un doctorado y certificarme como capacitadora y consultora en género; además estoy proponiendo constantemente proyectos para estudiar el impacto real de los programas del DIF y cómo estos ayudan, o no, a cambiar los estilos de vida de las personas beneficiadas, situación que cada vez me cuesta más trabajo conforme pasa el sexenio).

No me desanimo y analizo el escenario. Cada vez estoy más convencida de que la antropología tiene una utilidad práctica más allá de la academia. Desde mi punto de vista, los nuevos espacios laborales de la antropología están en las empresas y en la consultoría sobre políticas públicas y leyes en los congresos locales y a nivel nacional.

Alejandrina Leal Gómez
Sistema Nacional para el Desarrollo Integral de la Familia-Campeche
<alg38@hotmail.com>